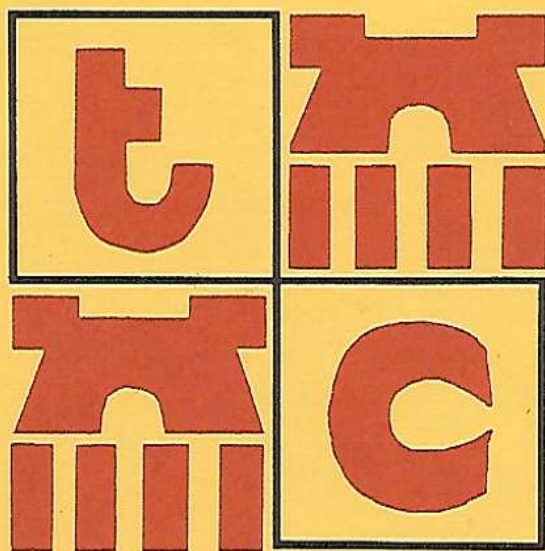


# TEMAS CASTELLONENSES

— CUADERNOS DE DIVULGACION CULTURAL —



**2** JUEGOS, CANTINELAS  
Y TRAVESURAS INFANTILES  
EN EL CASTELLON DE LOS AÑOS 20  
por Jaime Nos Ruiz

Jaime Nos Ruiz, nace en Castellón en su calle de Caballeros, en 1914. Alumno ya en la infancia de la que fue Colonia Educativa, dirigida por D. José Boix Rambla, se forma en ella, primero en la vieja Escola D'Orfens del Obispo Climent y luego en el nuevo emplazamiento en el corazón de la calle Enmedio. Estudia el Bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de nuestra ciudad y en 1930 marcha a Barcelona a continuar sus estudios. De regreso a Castellón, en 1933 ingresa en la redacción del "Diario de Castellón", en la que figura hasta 1936. En 1935 ingresó en el cuerpo administrativo de Aduanas y hasta la Guerra Civil permanece en Valencia. En 1939 ingresa en la redacción del nuevo diario local "Mediterráneo", del que es nombrado director en 1943, cargo que desempeña hasta 1975, en que se jubila como periodista. Tanto en sus años de periodista activo, como tras su jubilación, publica innumerables artículos sobre Castellón y sus gentes, a los que tan ligado estuvo siempre.



# TEMAS CASTELLONENSES

— CUADERNOS DE DIVULGACION CULTURAL —

## JUEGOS, CANTINELAS Y TRAVESURAS INFANTILES EN EL CASTELLON DE LOS AÑOS 20

por Jaime Nos Ruiz



SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA

Servicio de publicaciones

Copyright by



Impreso en GRAMON: Jorge Juan, 40 - CASTELLON





Castellón ha sido, tal vez como algunas otras poblaciones de sus mismos rasgos o quizá más que la mayor parte de ellas, una ciudad - todavía un pueblo grande en el comienzo de los años 20 y en torno a los 30.000 habitantes - en la que se hacía mucha vida en la calle. Por su carácter agrícola tan acusado, por su buen clima incluso en invierno, con el ambiente reposado y tranquilo hasta en el centro más concurrido, y con el escaso tráfico de algún carro y muy pocos carruajes cuando el automóvil estaba todavía en cifras reducidas, en la calle se hacía buena parte de la vida diaria. Y si ello era así en general, mucho más lo era para los niños hasta esos diez o doce años en que entonces todavía nos considerábamos como tales. Viviendo en los antiguos y estrechos edificios unifamiliares, desde la planta baja, en la que se estaba para todo hasta llegar la noche, constantemente se salía a la calle, en ella pasaban muchas horas las personas mayores y en ella las pasábamos casi todas los pequeños.

Para los castellanenses de mi generación, mayores y pequeños, constituía un rasgo fundamental la adscripción a la calle en que habíamos nacido y en que vivíamos, pues tampoco cambiábamos fácilmente el emplazamiento del hogar por entonces. Ser "del carrer Mig", del "carrer Major", del "carrer Cavallers", o del d'Amunt, Colón, Sant Félix, Vora Sequia, Pi Margall o de cualquier otro, quería decir mucho y nos configuraba en cierto modo dentro de la uniformidad de ser de Castellón. Las calles de un lado todavía conservaban cierto carácter y significación en esos momentos dentro de la ciudad; y de otro, en tal momento de ella, tenían un perfil, un ambiente, un ritmo con no pocas peculiaridades en lo general de la vida de nuestro pueblo cada día y en cada periodo del año, lo que influía no poco en quienes nos desenvolvíamos en el marco de cada una de ellas en la mayor parte de nuestra existencia. Así teníamos la sensación de una "calle propia", tanto porque nosotros éramos "de ella" como porque ella era algo nuestro y como tal la concebíamos y la estimábamos.

Con todo esto en su espíritu, los niños eran elemento habitual y masivo en las cales del Castellón de los años 20. Y lo eran no solo por su presencia física sino porque considerandolo como una prolongación del largo pasillo que en casi todas las casas llevaba desde la cocina a la puerta, en la calle se movían, corrían, jugaban, gritaban, reían y lloraban según fuera la ocasión, con plena y absoluta tranquilidad y naturalidad. Con los ruidos infantiles se mezclaba, o los interrumpía, el cansido caminar de alguna caballería y el chirriar del eje del carro agrícola que arrastraba; o el trote no demasiado ligero del caballo que tiraba de la berlina en la que los médicos de primera fila reali-



zaban el recorrido de la visita a las familias igualadas o el del carruaje que llevaba o traía de la estación o de algún maset a los miembros de cualquier familia.

A medida que avanzaban los años 20, el automóvil iba irrumpiendo en las calles castellanenses. Desde el famoso primer vehículo a motor del Sr. Roererck, el ingeniero de la fábrica de gas, que llamó la atención a mediados de 1899, hasta veinte años después, el aumento es muy lento, aunque ya en abril de 1920 "Heraldo" dice que el creciente número de autos y camiones hace necesaria una vigilancia en las calles. Pero en julio se afirma que la matrícula sube mucho, seguramente "como una de las que más en España" y "se aproxima a cien" ...en la provincia. Por entonces en las notas de sociedad se da cuenta de quienes compran un automóvil al mismo tiempo que de las familias que tienen un hijo. El 10 de octubre de 1910 se dice: Personas que compran auto: D. Francisco Llopis y D. Joaquin Dols Belliure. El 10 de junio de 1924 se informa de que ha adquirido un Fiat, matriculado con el 550, D. Fernando Gasset. El 15 de mayo de 1925 da cuenta "Heraldo" de que el rico comerciante D. Amadeo Pitarch ha adquirido un coche, matriculado con el 731. El 19 de noviembre se da cuenta de que el Dr. D. Vicente Gea ha adquirido un Talbot, matriculado con el 888. Y se da una lista de los quince castellanenses que han adquirido un Citroen. En julio de 1921 la matrícula ha superado los 200, siempre en la provincia, cuando hay inscritos 1955 vehículos de tracción animal. En noviembre de 1923 se instala en la calle Pi y Margall -la Trinidad de hoy, donde está el kiosco de periódicos en la acera del Banco de Valencia, entonces Banco de Castellón- un puesto de suministro de gasolina. El 27 de octubre de 1924 en las Cuatro Esquinas me atropella a mí mismo, ciclista sobre una pequeña bicicleta a mis diez años, el vehículo 587, recién venido de matricularlo. En enero de 1925 la prensa afirma que "Castellón progresa" porque se ha abierto la exposición de automóviles de Ezequiel Dávalos en la calle Colón, en el recién construido edificio de D. Eusebio Font en las Cuatro esquinas, donde hoy está el establecimiento de regalos Dols. "¿Cómo se podía imaginar años atrás que el automóvil progresaría hasta este punto?", dice "Heraldo de Castellón". En noviembre de ese año se da la proporción de autos en nuestra provincia: uno por 717 habitantes, en tanto en Barcelona hay uno por 111 y en Madrid uno por 115. A fines de año se matricula el auto 900, y al salir del verano de 1926 el teniente alcalde D. Enrique Ribés pide se coloque un guardia en las Cuatro Esquinas para evitar accidentes. En enero de 1927 ya hay más de mil y la matrícula si crece ahora, pues a fines de 1929 supera los 1.500.

Pero todo esto va ocurriendo casi sin que se dé cuenta de ello la generación de niños de esos iniciales años 20, dueños y señores de la calle. El vecindario infantil de cada sector de ese centro urbano en realidad limitado a las calles de Alloza, Gonzalez Chermá - Enmedio y Mayor y sus límites de las Salina-Gasset, Puerta del Sol, Ruiz Zorrilla, Plaza Clavé, San Luis, Maria Agustina y saliéndose un poco, Gobernador y Plaza del Rey, teníamos nuestra zona predilecta de juego y correrías según las características de los distintos barrios. En todas partes había niños y juegos, pero en las calles menos cruzadas por carros y carruajes o menos concurridas por la gente, la chiquillería afluyó con predilección y desplegaba en ellas la inagotable serie de sus juegos, la rica variedad de sus canciones y la muestra sorprendente de sus travesuras. Por sus distintas características, una de las calles más propicias a todo ello era la de Caballeros con sus inmediatas, sobre todo las de Mealla, Gracia, la entonces de la cárcel vieja y luego de Auxias March, y algo menos la de Cervantes. Las calles de Castellón tenían piso de pura tierra en su mayor parte, algunas estaban empedradas con aquellos pequeños adoquines que por lo menos evitaban parte del barro y del polvo, y unas pocas, quizá



solamente Gonzalez Chermá, Colón, Mayor y Caballeros, estaban pavimentadas con el firme de alquitrán que les daba una total uniformidad lisa, sin los tropiezos entre adoquín y adoquín ni los constantes baches del piso de tierra.

Naturalmente, esas calles pavimentadas así eran especialmente adecuadas para muchos juegos infantiles. Y como además, por una serie de circunstancias, la de Caballeros, desde la de Colón frente a la Iglesia, Plaza de la Hierba, hasta su desembocadura en la calle de San Luis, estaba muy poco transitada por vehículos y no demasiado concurrida de transeúntes, era todavía más dominio de los niños y escenario de mil juegos callejeros, que podían desarrollarse en ella sin casi ninguna interrupción ajena. Todo lo más la de los entierros de la época, que no llegaban por entonces a uno diario en la parroquia central de la población. Después de las oraciones ante la puerta de la vieja Iglesia Mayor, los entierros desfilaban por la calle Caballeros hacia la de la Enseñanza, para torcer por la de González Chermá y terminar con la solemne despedida del duelo en la amplia acera del Descarregaor. Pero eso era un momento ni siquiera diario, repito que los niños que jugaban en la calle resolvían recogiendo armas y bagajes de sus juegos, manteniéndose más o menos respetuosamente en las aceras en tanto pasaban orfenets y agüelos del Asilo, sacristán con la Cruz y el clero, el coche de Cheret transportando el féretro, y finalmente el acompañamiento más o menos numeroso según el rango del pobre difunto. Pasado todo ello, volvían los niños a desplegar su dominio y bullicio sobre aquella calle incomparable escenario de lo que en el decenio fueron los juegos infantiles.

Otro momento de interrupción, este general en la ciudad, de los juegos y bullanga infantiles en las calles, era por entonces el de alzar a Dios en la misa de once en Santa María. Ese momento del Santo Sacrificio, acompañado por el toque de la campana de la torre mayor, era fácilmente audible entonces en la silenciosa ciudad y aún en buena parte del término. Al escucharse los espaciados seis toques, en las calles se interrumpía la actividad y el bullicio de las gentes, que en su mayor parte se detenían, descubriéndose los hombres todavía ataviados con sombrero, gorra y alguna que otra boina. Tras la última sonora y solemne campanada, volvía el rumor de la vida callejera, y volvían rápidamente los niños a gritar, correr y jugar. Tanto era el respeto a esta costumbre que a raíz del fallecimiento de jefe del republicanismo castellanense D. Francisco Gonzalez Chemá el 23 de julio de 1896 y del artículo publicado por Mosen Martinez, éste fue objeto de una agresión por parte del recaudador de contribuciones D. Salvador Benedito. Y cuenta "Heraldo" que el agresor se acercó al sacerdote delante del campanario en el momento en que comenzaba a sonar la campana que acompañaba el momento de la consagración. Entonces, Mosen Martinez se quitó la teja y el Sr. Benedito el sombrero, permaneciendo ambos, muy próximos, silenciosos respetuosamente, hasta que sonó la última campanada. En ese momento, el agresor se acercó al sacerdote, le dirigió unas palabras y aremetió contra él con su bastón, que le fue pronto arrebatado por el agredido.



CASTELLÓN *Plaza de la Paz y Teatro Principal*



Edición F. SEGARRA Papelería

8 CASTELLÓN Cuatro esquinas

(Colección: J. Prades.)



## **LA COMBA Y SUS CANCIONES**

En una primera edad era normal que en cada vecindario jugaran niñas y niños juntos, en ocasiones a juegos que ahora parecerían inadecuados para los varones. Así, por ejemplo, en todas aquellas variedades del famoso juego de la comba en sus distintas cadencias y ritmos acompañadas por cantinelas inolvidales. Determinada la pareja que había de hacer girar la cuerda y colocados por lo general verticalmente a los bordillos - es decir, cortando el paso por la calle-, comenzaba el juego en sus muy diferentes variedades; y las canciones de cada modalidad, al compás del voltear de la cuerda y del salto oportuno de quien estaba en el juego entónces.

*Soy la reina de los mares,  
y ustedes lo van a ver.*

.....

*Tiro mi pañuelo en tierra - y lo tiraba  
y lo vuelvo a recoger - y se recogía sin perder el compas ni tocar  
la cuerda, que seguía girando sobre la  
cabeza del que saltaba entonces.*

Algunas de estas canciones eran interminables pues chicos y chicas se las aprendían, cantaban y enriquecían con verdadero ingenio y memoria.

Como aquella de las tres cabritas:

*Tengo, tengo  
tu no tienes nada  
Tengo tres cabritas en una cabaña  
La una me da leche,  
la otra me da lana,  
la otra me mantiene  
para toda la semana.*

.....

Por esos iniciales años 20 todavía era muy famoso el legendario Mambrú, mucho después identificado con un lejano ascendiente de Winston Churchill por algún que otro historiador. Y también el recuerdo de sus hazañas servía de tema al compás de aquellos rítmicos saltos dentro del arco de la cuerda de la comba:

*Mambrú se fué a la guerra,  
qué dolor, que dolor, qué pena.  
Mambrú se fue a la guerra  
y no sé si volverá.  
Ay que sí, ay que va,  
no sé si volverá.*

O del mismo modo se cantaba el retorno del soldado :

*De Cataluña vengo de servir al rey,  
y traigo la absoluta de mi coronel.*



A veces en estas canciones aparecían personajes cuyo origen e identidad sabe Dios de donde vendrían. Como aquella:

*Dña Carolina, . . . . .  
esta constipada . . . . .*

. . . . .

cantando cuyas desventuras se entremezclaban ¡ atchis ! combinados con el mantenimiento de la comba en lo alto durante un instante, para volver a voltearla y saltar.

En ocasiones no se volteaba la cuerda con fuerza sino que se la movía cerca del suelo, de un lado a otro. Y el que cumplía su turno saltando, por lo general una niña, lo hacía para no tocar la cuerda al pasar por el centro en su movimiento, al tiempo que el coro cantaba:

*Al pasar la barca,  
me dijo el barquero,  
las niñas bonitas  
no pagan dinero.  
Yo no soy bonita  
ni lo quiero ser*

Nó 'há'y' que decir la popularidad entonces del juego del matarile y su canción en tanto los jugadores, en dos filas, iban adelante y atrás.

*Yo tengo un castillo,  
matarile rile rile.  
Yo tengo un castillo,  
matarile rile lon.  
Dónde están las llaves,  
matarile rile rile  
dónde están las llaves,  
matarile rile lon.  
En el fondo del mar,  
matarile rile rile  
en el fondo del mar,  
matarile rile lon.  
¿Quién irá a buscarlas,  
matarile, rile rile  
quién irá a buscarlas,  
matarile rile lon.*

Y se decidía quién iba a buscarlas, y se seguía cantando, y jugando, y discutiendo mil detalles. O cambiando de juego, porque en ninguno se estaba demasiado tiempo.

Canciones y juegos populares de este y otro corte había muchos más ya al margen de la comba



y sus variedades. Yo recuerdo uno, ya más próximo a las variedades de correr y perseguirse, que nunca acabé de calibrar del todo y cuyo sonsonete, ritmo y texto bilingüe eran muy propios de aquellos tiempos en que la inmensa mayoría de los niños hablabamos nuestro valenciano popular tanto en casa como en la calle, en tanto en las escuelas se luchaba denodadamente por hacernos aprender el castellano. En ese juego "pagaba" uno, chico o chica, y todos los demás formaban una fila apoyando las manos en los hombros del que ocupa el puesto anterior. La fila se ponía en marcha, serpenteando, acercándose al que pagaba, que se hallaba de pie junto a la pared de una fachada de la calle. Y al mismo tiempo se entonaba la original cantinela:

*Vamos al huerto de San Pelegrino,  
a ver si el diablo está muerto o vivo.*

El cabeza de la fila, un poco director del juego, frenaba de pronto la marcha del grupo y decía:

*¡Cassoleta de detrás!* (ya en vulgar valenciano)

y el último de la hilera contestaba:

*¿Qué mane sinyo pedás?*

siguiendo el diálogo:

*Vetge si el dimoni es mort o viu*

Si se decía que muerto, el juego volvía a repetirse y el serpentear de la fila continuaba, con el canto y el diálogo otra vez. Pero si decía que vivo, la fila se deshacía, huyendo todos, perseguidos por el "dimoni", sustituido en su puesto por aquel a quien lograba coger.

Canciones combinadas en los juegos nos han dejado a las generaciones infantiles recuerdos imborrables. Como el de aquella "bolangera" para la que formabamos un círculo cogiéndonos de las manos y dar vueltas al tiempo que cantábamos:

*La bolangera del topí*

*sense foc la vol bollir;*

*posa-li foc que bollirá,*

*la bolangera dinará.*

*La bolangera te un colom*

*les ales se cremen al forn;*

*fes.li llenya en la granera*

*i rode la bolangera.*

El rodar del corro, amplio o estrecho según el número de niños y niñas, se combinaba con repetidas inclinaciones o flexiones de piernas como para sentarse, convirtiendo el juego en un activo ejercicio.

Ya en otro estilo de juego, más tranquilo, en las épocas de verano, al anochecer o ya de noche, cuando los mayores salían a las aceras para tomar el fresco y formar tertulias, lo que impedía a los pequeños correr y gritar por los alrededores, aparecía el célebre del "corral de ma tia sabonera". Quienes tomaban parte en él se sentaban en el bordillo de una acera y en el de la de enfrente tomaba



asiento quien dirigía el juego, arrodillándose ante él, para esconder la cabeza en su regazo y no ver a los otros jugadores, aquel que pagaba. El director del juego comenzaba entonces a plantear la adivinanza con las palabras mágicas:

*En el corral de ma tia sabonera  
n'hi a un arbre de esta i d'esta manera.*

Y describía en cierto modo a alguno de los jugadores alineados ante él. Entonces quien pagaba levantaba la cabeza y miraba a los otros jugadores, que para disimular entonaban cierto runruneo al tiempo que hacían girar como palas sus antebrazos, diciendo:

*Al run run  
tabalet de fum.*

Una risa, un gesto, cualquier cosa permitía al que pagaba identificar a aquel a quien se había descrito. Y señalándolo, cambiaba su puesto con él. Para volver a empezar una y otra vez, aunque pronto el juego se hacía monótono y la inquietud infantil cambiaba de diversión.

Otro juego con artificioso simbolismo y cantinela inspirada, seguramente de procedencia aragonesa, churreta para nosotros, era uno articulado en torno al recitado casi inacabable de:

*Allá ribica ribica,  
había una montaña;  
en la montaña un árbol,  
en el árbol una rama,  
en la rama un nido,  
en el nido tres huevos:  
blanco, rojo y colorao.*

*Voy a coger el blanco  
y me quedo manco.  
Voy a coger el rojo  
y me quedo cojo.  
Voy a coger el colorao  
y me quedo descogombrao.*

Era de ver, en tanto se cantaba todo esto, a los niños encoger el brazo fingiéndose mancos, o andar a una pata imaginando ser cojos, o moverse como medio privados, que es lo que se entendía por "descogombrao".

Al margen ya de los propios juegos, menudeaban las canciones infantiles con una vieja tradición y según su momento. La llegada de la benéfica lluvia después de una etapa de más o menos larga sequía, era saludada por los niños asomándonos a la calle y entonando el clásico.



*Ja plou,  
gotetes en ou,  
l'aigua a la bassa  
i pedres al pou.*

O el rogativo

*Santa Bàrbara bendita,  
que mos guarde la collita.  
Que caigue neta i pura.*

## **LOS JUEGOS DE CORRERIAS**

En tanto las niñas ya por encima de esa primera decena de años, seguían con esos juegos de la comba o parecidos, los niños, a medida que se hacían mayores se apartaban de ellas y desplegaban en las calles otros juegos en los que la base era correr, esconderse, perseguirse. El más famoso de ellos y el más frecuente era los celebérrimos capitulet y sabuquedo, que a veces tenían en sus comienzos también una cantinela muy divulgada:

*Conillets amagar  
què la llebra van a cassar.  
Denit i de día, i  
quant toque l'Ave María.*

El juego consistía en determinar, como siempre, un "pagano", al que se situaba en lugar que no pudiera ver por dónde se desparramaban los demás jugadores. Estos doblaban una esquina, escogían un portal y se ocultaban tras una puerta o en la escalerilla de una entrada que la tuviera. El que pagaba preguntaba con voz fuerte: ¿Ja?. Y las voces de los demás, procurando no demostrar dónde se hallaban, le contestaban: ¡Ja!. El que pagaba comenzaba la búsqueda hasta que al ver a alguno le gritaba: ¡Capitulet Fulano!; y ese era el que pagaba en el juego siguiente. En ocasiones, además de descubrir al jugador había que perseguirle y cogerle, pero el final era el mismo desenlace.

Por cierto que en aquellos tiempos era popular en Castellón un modismo en nuestra habla peculiar, tan cargada de ellos. Cuando en cualquier circunstancia quedaba de manifiesto alguna cosa o algún hecho que debiera estar oculto, tanto mayores como pequeños exclamaban con frecuencia: ¡Capitulet Tónico!, como dando a entender el fallo de poner o quedar de relieve lo que se debía esconder. Naturalmente, nunca sabremos el cómo y el por qué de este Tónico especialmente unido al capitulet, pero el caso es que así se decía.

Ya con estas características de movilidad y ligereza infantil, eran infinitos los juegos de que eran testigo nuestras calles. Quizá el más sencillo y apto para todo el mundo, el famoso dels "Cuatre cantons", en el que cuatro de los jugadores se colocaban cada uno en una esquina del cruce de dos calles, en aquella de Caballeros casi siempre en su cruce con la de Gracia, con características muy favorables para el juego-, quedando el que pagaba en el centro del espacio, en el teórico cruce de las diagonales entre las esquinas. El juego consistía en cambiar de emplazamiento los situados en las



esquinas, els cantons, tomando por sorpresa al que pagaba a pesar de su vigilancia y realizándolo con tal rapidez que aquel no pudiera, al moverse los otros, ocupar el puesto de uno de ellos, en cuyo caso el que perdía su esquina era el que pagaba.

Otro juego muy popular era el famoso del Sambori. Se trazaba con yeso o con un pedazo de masa arrancado de cualquier pared, el sambori en el suelo de la calle, marcando dos cuadros consecutivos, luego otro con dos mas a los lados, uno mas en la columna central y otro con otros dos a los lados. Por turno se tiraba el testigo del juego -un pedazo de ladrillo, una piedra manejable o algo así- al primer cuadro. Luego se saltaba a la pata coja de cuadro en cuadro, abriendo los pies a los dos cuadros laterales al llegar a su altura. En el último, se daba la vuelta saltando. Y al regresar, se cogía el testigo que se había lanzado. El juego seguía tirando el testigo al cuadro siguiente; y así a uno tras otro hasta completar las tiradas. El éxito del juego era realizarlo sin poner el segundo pié en el suelo, sin pisar raya al saltar y recogiendo el testigo al retorno sin caer.

También se jugaba a la clásica gallina ciega, cubriendo los ojos del que pagaba con un pañuelo, dándole unos cuantos giros sobre sí mismo para desorientarle, y moviéndose en torno a él los demás jugadores o rehuyendolo para no ser cogidos o disimulando su personalidad para una vez cogidos, no poder ser identificados.

Al margen de estos juegos todavía jugados por niños y niñas, se entraba en otros más característicamente masculinos, de mayor vigor y hasta cierta violencia, como el marro, la mediantera, el salta cavalls y otros por el estilo. En unos casos se formaba un corro amplio y uno de sus componentes, todos con las manos atrás, escondía un pañuelo con un nudo grueso en su extremo, que se pasaban disimuladamente unos a otros. Otro jugador iba por la parte exterior del corro intentando descubrir quién tenía el pañuelo, hasta que de pronto el que lo poseía le sorprendía atacándole con él, persiguiéndole. Ese pañuelo con nudo como "arma" de ataque, era usado en no pocos juegos parecidos, con o sin corro, en los que el que pagaba perseguía a los demás golpeandolos con el extremo de su pañuelo anudado.

A la mediantera y saltacavalls se jugaba de bastantes formas. En unos casos los jugadores se doblaban -siempre usando la calle entera como escenario a su disposición- en medio de la calzada, apoyando las manos en los tobillos y la espalda doblada para facilitar el salto. Los otros jugadores saltaban sobre el primero, daban dos o tres pasos y a su vez se colocaban para ser también saltados. Así uno tras otro, hasta que el primero que se había estacionado así, saltado ya por el último de los demás jugadores, empezaba él a saltarlos. Por este sistema hasta que se llegaba al extremo de la calle, en un proceso sin fin, o hasta que se recorría todo un barrio.

En la otra variedad se formaban dos bandos, de los cuales el primero que pagaba se colocaba en fila-tres jugadores o así-, inclinados para que se pudiera saltar sobre sus espaldas, apoyandose el primero de ellos en los barrotes de cualquier reja de la calle. Los jugadores del otro bando, tomando impulso desde el bordillo contrario, iba saltando, uno tras otro, sobre esa fila, procurando aposentarse bien para resistir hasta que el último quedaba a caballo de quienes les sostenía, lo cual no era demasiado fácil a medida que quedaba menos espacio para que los últimos jugadores que saltaban pudieran encontrar apoyo a sus posaderas. El final era que alguno resbalara o que la fila que



hacia de "cavall" se derrumbara por no poder resistir el peso que se le había venido encima.

### **LES BOLETES, LA TROMPA Y EL BOLI**

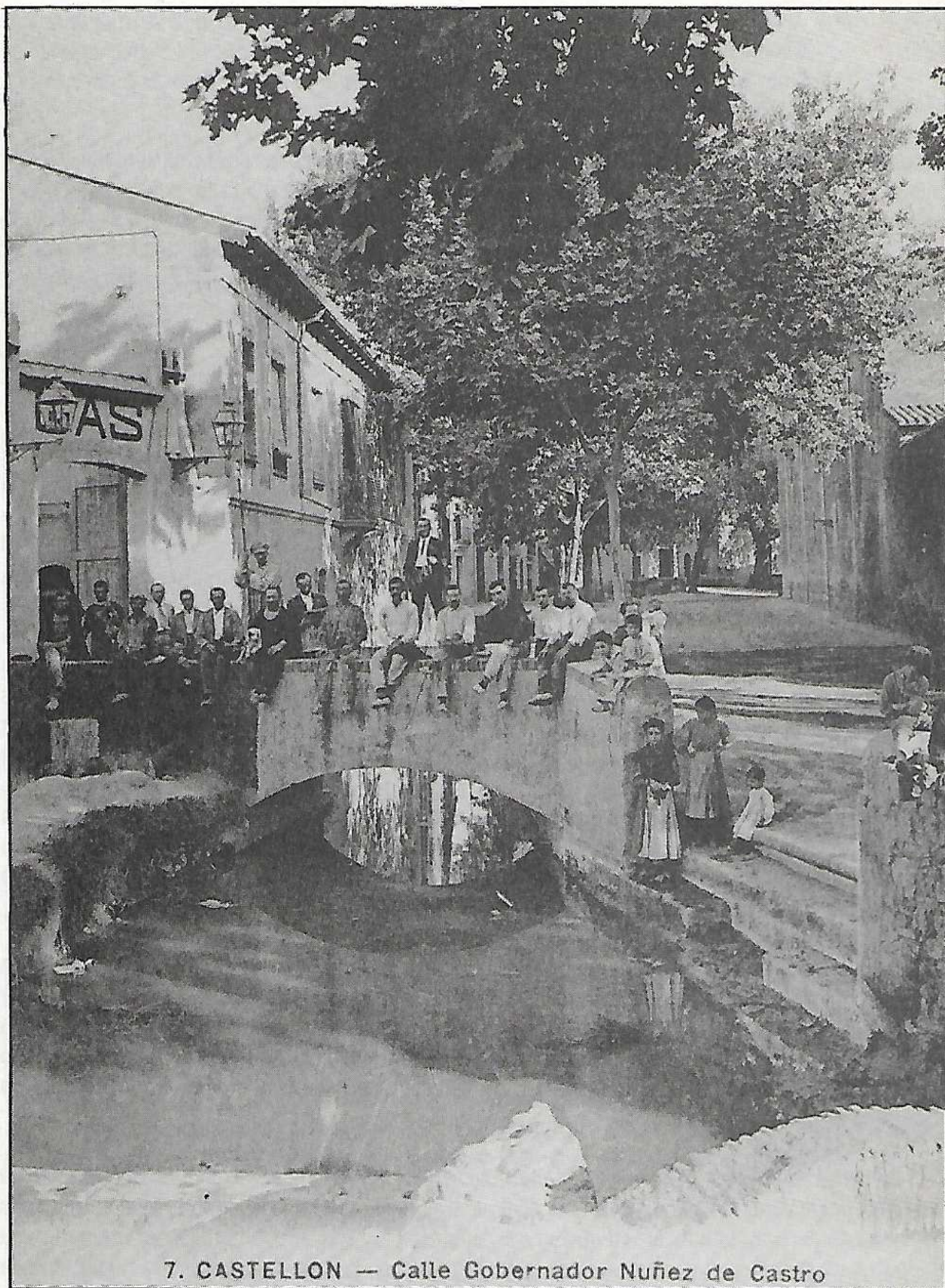
Los juegos infantiles de los años 20 estaban, como casi todas las cosas de la vida humana, sujetas a la moda. En un momento en todas las calles se veían grupos jugando "als quatre cantons", o corriendo a los gritos del "jja val!" del capitulet, o zurrándose la badana en el marro, o alargando la fila de "cavalls" y saltadores en la medianera, o saltando a la comba a los acordes de cualquier cancioncilla. Y de pronto aparecían las clásicas trompas y se llenaban las calles de ellas girando al impulso del arte y la fuerza de brazos infantiles; o surgían grupos lanzando las populares boletes en las infinitas variedades de juegos que con ellas se realizaban; o se encontraban las personas mayores, las ventanas y las puertas de cristales amenazados en su integridad por el boli que cruzaba vertiginoso la calle, al impulso de la paleta del niño de turno en aquel popular juego.

Les boletes, las canicas castellanas, tuvieron etapas de enorme esplendor. En esos años 20 las manejábamos de muy distintas características y calidad; las más modestas, sencillas y baratas, de barro cocido puro y simple, color ladrillo, de cuya pasta estaban hechas, y que tenían la servidumbre de partirse en dos mitades o en mil añicos al recibir un golpe fuerte de otra canica más dura o del punzón de una trompa lanzada certeramente. La siguiente calidad la constituían las de piedra aglomerada o de barro recubierto de una capa de piedra, de colores variados o combinados, que les daban vistosidad, más precio y más aprecio por parte de los niños. Finalmente ya había boletes de cristal, como hoy existen todavía, atractivas y hasta lujosas, con interiores tornasolados, pero impropias, inservibles para aquellos juegos violentos de entonces. Y boletes d'acer, las de los rodamientos de ejes y motores, que comprábamos los niños de los desechos en los talleres. De las boletes de piedra, de cristal y de acero había de mayor tamaño, bolos, que usábamos para que en los juegos nos sirvieran para "tirar", para acertar y dar a las normales, sacarlas del cuadro de juego, alejarlas de su posición para ganar si se jugaba a base de la lejanía a que se lanzaban. De estos bolos había algunos de piedra realmente magníficos. Y no digamos el casi lujo que constituía poseer un buen bolo de acero, nuevo y brillante, reluciente muchas veces a fuerza de limpiarlo y lijarlo el niño enamorado de su posesión.

Con las canicas se jugaba ya entonces de mil maneras; trazando una raya como punto de partida y lanzando desde ella para perseguir uno con su boleta a las otras ya lanzadas, hasta "darles" y, por tanto, hacerla suya; ya trazando en el suelo un círculo, o un cuadro o cualquier figura y colocando en ellas unas boletes -la posa- por parte de cada jugador, ganando las que se sacaran de ese espacio con el golpe dado por el bolo de los jugadores dentro del turno establecido por los distintos modos de ir numerándose que se usaban.

Les boletes llegaban a poder de cada niño, aparte de los ingeniosos trueques que la infancia inventaba, por la compra en uno de los establecimientos -tiendas de barrio alguna vez, determinadas ferreterías en el panorama local- en que se despachaban. De mis años infantiles yo recuerdo una famosa y hace muchos años desaparecida ferretería Martí en la calle Colón, en el tramo entre Papa Luna-Maestro Chapí y D'Amunt, en cuya puerta se exhibía un gran recipiente cilíndrico de cristal lleno





7. CASTELLON — Calle Gobernador Nuñez de Castro

(Colección: J. Prades.)



de boletes de distintos tamaños, de diferentes calidades y de infinitos colores. Pasar por aquella acera era una auténtica tentación para los niños, que nos deteníamos embobados ante aquel encristalado depósito de lo que nos parecía maravilloso tesoro.

Ya dueños de una cierta cantidad de boletes, los niños procurábamos que en casa nos hicieran una bolsita de tela con nudo corredizo, para guardarlas y salir con ellas a jugar a la calle. Y jugábamos, ganábamos o perdíamos, y a la bolsita volvían las canicas, a la espera de otro momento de juego. No hay que decir, cuando las ganancias eran muchas y el número de boletes aumentaba, los mismos niños cambiábamos canicas por alguna otra cosa que apeteciéramos o las vendíamos, tantas por cinco céntimos, o por diez, las monedas de cobre en uso y manejadas por los niños, pues un real - moneda que apareció más adelante- o dos reales, en ya viejas moneditas pequeñas de plata, eran cantidades fabulosas para la niñez. Y no digamos la peseta, la pequeña peseta de plata, que sólo "veíamos" con ocasión de algún santo celebrado solemnemente o el día de la primera comunión en el recorrido por las casas de los parientes más próximos.

Otro de los juegos en algún momento en gran auge era el de la "trompa", el trompo o peón castellano, que los niños hacíamos girar con gran fuerza soltándolo del cordel que enrollábamos en torno suyo. Cuando volvía a aparecer el juego de la trompa en esas cambiantes etapas de moda, las calles se llenaban de cuadrillas de niños cada uno de ellos con su correspondiente trompa. De estas también había de muy variadas según la madera de que estaban confeccionadas, con tres o cuatro rebordes en el cuerpo decreciente de la trompa, para que se cogiera bien el cordel. Las más frecuentes, de madera vulgar y de poco peso, las más baratas, eran muy corrientes en los juegos callejeros. Pero la mayor parte de los niños procurábamos hacernos con una trompa fuerte, "de carrasca", la madera tan abundante en nuestros secanos altos y prototipo de dureza. Entonces, cuando alguien se calificaba como empecinado, como tozudo, se decía que "te el cap de carrasca", la cabeza dura como de madera dura por antonomasia. Las trompas de carrasca, bien torneadas por los viejos torneros que las fabricaban, no solo tenían mejor aspecto sino que en su uso acreditaban constantemente su dureza. En algún juego con la trompa en el que las de quienes pagaban habían de depositarse en un círculo marcado en el suelo y recibir el impacto del clavo de las trompas de los demás jugadores, las ordinarias se partían con facilidad. La de carrasca, por el contrario, resistía una y otra vez esos impactos durísimos del clavo de una trompa y otra.

De todos modos con la trompa el juego más corriente y a la vez más organizado en aquellos tiempos, era el del famoso "tello". Este era un pedazo de azulejo cortado redondo o cuadrado, raspado por los bordes para hermostrarlo y a la vez hacerlo más regular para que el impacto de la trompa lo impulsara con más soltura. El tello de cada jugador se colocaba en una línea de partida trazada en la calle; y por turnos cada jugador lanzaba su trompa, la cogía en el hoyo de la palma de la mano, rodando sobre su eje y la tiraba sobre el tello de tal forma que este saliera hacia adelante, cuando más lejos mejor. Así, tirada a tirada, los tellos iban avanzando hasta pasar otra línea trazada una o dos manzanas más lejos en la propia calle, que era la meta.

Los preparativos para jugar al tello no eran pocos, dentro del estilo de cada niño. Lo primero era escoger el pedazo de deshecho de azulejo adecuado, para luego obtener el trozo del par de centímetros que tenía el tello, y arreglarlo frotándolo en el bordillo de la acera. Luego venía el



preparativo de la trompa, cuyo clavo también procurábamos estuviera algo afilado para que sobre su punta girara vertiginosamente y durante mucho tiempo. Para afilar ese extremo del clavo en aquellos años 20 los niños castellanenses no encontramos piedra más adecuada que la de las arcadas de la puerta de nuestro más calificado monumento arquitectónico, la vieja Iglesia Mayor luego tan mentulosamente derribada en 1936 y 1937. Esa puerta recayente a la calle Colón-Caballeros-Plaza de la Hierba, es lo único que ha quedado del templo, y en ella podrá ver quien se acerque a comprobarlo, las huellas de los clavos de nuestras trompas infantiles que abrían surcos en la dura piedra a fuerza de frotar con vigor el hierro que salía del cuerpo de la trompa.

Quien lea estas líneas podrá darse cuenta de que, de un lado, para no pocos de estos juegos infantiles una calle pavimentada y lisa con la capa de alquitrán, era mucho más adecuada que las otras de adoquines o las de pura tierra. De otro es fácil comprender que para juegos como la comba o el mover la cuerda de un lado a otro y no digamos el tello, una calle con circulación rodada, poca o mucha, obligaría a interrumpir repetidamente los juegos. Por eso, con su pavimento bien conservado por el escaso tráfico que soportaba y además con la muy escasa circulación de solo alguna berlina o carruaje muy de vez en cuando y algún entierro, la calle Caballeros era ideal para las diversiones de las bandadas de niños, no solo del vecindario propio y de las calles inmediatas, sino a veces hasta de zonas más distantes de la capital. Saliendo del límite de la calle frente a la Iglesia y poniendo la meta de los juegos hasta la calle la Enseñanza, horas y horas podían jugar los niños en la calle Caballeros sin ninguna molestia. Y cuando pasaba al trote del caballejo una berlina o un coche o se aproximaban los murmullos de los rezos y el arrastrar de pies del acompañamiento de un entierro, la interrupción era muy breve y prácticamente no significaba molestia mayor para aquella chiquillería que se movía allí como en el propio pasillo de casa.

Pero es que además tampoco en aquella vieja e incomparable calle castellanense los niños molestaban a nadie en el fondo, pues de esos años 20 yo no recuerdo más que tres establecimientos en toda ella: dos en su extremo, en la esquina de la calle Colón, la famosa paquetería del Guitarrero, del abuelo Viciano, y "Les tres Coronas", el primitivo establecimiento de Marino Ferrer antes de trasladarse al número 45 de la misma calle y convertirse en "Las Palmas". Y además, en la esquina con la calle Cervantes, la por aquel tiempo popular y entrañable tienda de Aniceto, de Aniceto Valero, ejemplo perfecto del establecimiento de comestibles de la época.

La paquetería del Guitarrero era un estrecho establecimiento de larga fachada desde casi inmediata al primitivo edificio del antiguo Monte de Piedad hasta la calle Colón. Los niños, ya explicaré luego los motivos, entrábamos mucho en aquella tienda, que no era una paquetería específica como las de hoy, sino que vendía una gran variedad de artículos. "Les Tres Coronas", en los bajos del todavía por aquel tiempo solemne edificio de la antigua Lonja, era una expenduría de vinos hasta de cierto lujo, con altos toneles casi hasta el techo, que contribuían a dar esplendor al amplio bajo de la Lonja. Y la tienda de Aniceto, estrecha y corta, en un plano más bajo que la calle, con su pequeño mostrador y sus anaqueles y cajones en los que se veían o se sacaban fideos, galletas u otros artículos comestibles, o encima del mostrador el clásico recipiente con el no menos clásico "sabó moll" o la urna acristalada con pasteles y golosinas, incluido un succulento turrón de cacahuete, todo obra del matrimonio dueño de la tienda.



En la tranquila y reposada calle los tres establecimientos constituían eslabones sobresalientes del entramado familiar del vecindario, tanto por sí mismos como por las personalidades que les daban nombre. Del abuelo Guitarrero yo apenas tengo recuerdos concretos, pero sí de la tienda y de los suyos, sobre todo de su hijo Eduardo, ya en aquellos años personaje de relieve en el mundo del fútbol también entrañable de la época y en el que acabó de arbitro sobresaliente. Marino Ferrer, el popular propietario de "Les Tres Coronas", era una verdadera institución no solo por el relieve del establecimiento sino porque con gran espíritu de iniciativa, le daba vida especial en cualquier acontecimiento. Al llegar San José aquella esquina se animaba por un gran laurel y un tremendo paellón en cuyo hirviente aceite se cocían espléndidos buñuelos. Y en 1921, con la iniciativa de Marino Ferrer y de D.Luis Ros de Ursinos, vecino destacado de la calle, se constituyó en ella una Peña Fallera que plantó una falla, obra de Carmelo Roda, y cuyo libret escribió D.Enrique Ribés. Allí estuvo, como todo un símbolo, "Les Tres Coronas" hasta 1922 en que el local fue destinado a sucursal del Banco Hispano Americano, y donde el Banco permaneció hasta los años 40. La tienda de Aniceto, con toda su pequeñez -tan característica de tantísimas tiendas semejantes en todos los barrios -, era igualmente punto de referencia y cita no solo para señoras y criadas del sector, para quienes Aniceto y Estefanía, su esposa, eran constante contrapunto de información y conservación, sino para los niños que allí acudíamos a comprar una doseta, un pastel de "moniato" de vino o anis hechos en la propia casa, una pastilla de chocolate y hasta un cachero, que Aniceto confeccionaba con verdadero arte.

En ese ambiente, en ese marco ciudadano familiar, jugaban los niños, hacían correr el tello a fuerza de darle con la trompa e impulsar con ella el pedazo de azulejo. O echaban el clavo de su trompa contra las que se agrupaban en un círculo, o disputaban de mil maneras poniendo en juego todo lo que por entonces entre los niños era artículo de cambio.

Otro popular juego de la época era el celeberrimo boli, el cual tuvo eco hasta en "Heraldo de Castellón", que el 14 de abril de 1920 llama la atención de las autoridades sobre él, porque, dice, "pone en peligro los cristales de las puertas y ventanas". Conviene señalar cómo en aquellos tiempos eran infinitas las casas con puertas de madera más o menos torneada y con variados adornos; y junto a ellas ventanas altas, con una reja delante -los famosos entresuelos- también con puerta acristalada. "Le dan a un palito corto con otra madera más grande", decía "Heraldo".

Efectivamente, el boli era un pequeño palo como un puro, con sus dos extremos rebajados con un cuchillo o navaja, que se colocaba inicialmente por lo general sobresaliendo un poco del bordillo de la acera. Y con una paleta alargada, como de algo menos de medio metro y su mango algo más estrecho de los cinco o seis centímetros que aquella tenía, se golpeaba con fuerza y destreza para hacerlo volar lejos del alcance del jugador o los jugadores que estaban preparados enfrente para cazarlo antes de que cayera. Si lo lograban la paleta se colocaba inclinada apoyandola en el bordillo, y contra ella tiraba el que había cogido el boli al vuelo. Si acertaba en la paleta, se cambiaba el turno del juego y el ganador de este envite pasaba a tirar el boli. Si no acertaba, el que había tirado tomaba de nuevo la paleta y golpeaba el boli desde el sitio en que había quedado, para al caer darle con la paleta y mandarlo lo más lejos posible. Luego, tomando la paleta como medida, se marcaba las veces que comprendía la distancia lograda en comparación con la paleta, y esos eran los puntos que se anotaba el jugador, que volvía a tirar como al principio.



No hay que decir que, en efecto, de vez en cuando al que golpeaba el boli se le iba la mano y la pequeña aunque no tan pequeña maderita -que también procurábamos fuera fuerte y dura, de "carrasca" o algo menos- se lanzaba contra un cristal de puerta o ventana, con lo que la catástrofe sobrevenía sin remedio. Los niños jugadores desaparecían en un momento, la dueña de la casa afectada por el estropicio acudía a la calle gritando y amenazando, y si surgían testigos que hubieran identificado a los causantes del desastre -los niños jugadores no eran difíciles de determinar-, la cosa llegaba a la reclamación a sus padres, con solución y acuerdo feliz o con enfrentamientos más o menos ardorosos. Y con la inevitable "paliza", los cuatro cachetes, dos bofetones o algún zurriagazo al lanzador de boli, que interiormente se la juraba a la causante de su castigo por la reclamación reivindicadora.

El boli también tenía su propio vocabulario para entrar en juego. El que manejaba la paleta daba un grito de aviso: ¿Boli?; y el que esperaba el lanzamiento le respondía: ¡Dali!. Y boli y dali eran voces como de aviso y de a la vez para infinitas cosas.

Los juegos infantiles tenía muchas voces y gritos propios y peculiares, unos que no necesitaban explicación, otros que pasados los años los recordamos como verdaderas creaciones de aquel rico valenciano "castellonero" tan entrañable, tan llano, tan expresivo, tan sabrosamente hablado en nuestra infancia. En el juego de los boletes y alguno en el que había que "matar" la pieza del contrario, recuerdo que apenas se realizaba un movimiento tras el cual nos correspondía otro para el que pudiera haber alguna dificultad de posición, gritábamos para anticiparnos al contrario: "¡Tot pa mi, revés, corvella y pisco!". La frase parece lo encerraba todo y nos autorizaba a tirar de mil maneras, de atrás adelante, trazando una "corvelleta", como un arco de uno y otro lado, y de arriba abajo, "pisco", golpeando en vertical.

Con unas cosas y otras, las calles se llenaban del griterío y de exclamaciones infantiles. Y cuando las voces, con el uso o por el defecto de alguien, se iban torciendo, aparecían motes y frases del más variado estilo.

### ***CARTONETS, CROMOS Y PELICULAS***

También en aquellos 20 hicieron furor los juegos con elementos que en teoría parecían objeto de colección, pero que a la hora de la verdad más bien servían de elemento de cambio, de premio, para el juego y sus ganancias o pérdidas. En primer lugar logró enorme boga el famoso "cartonet", las cubiertas de las cajas de cerillas, en aquellos tiempos de dos clases: las de cinco centimos, sencillas y cortas, encerradas en la cajita pequeña en cuyo interior, como en las actuales, corría el cajoncito con las cerillas y cuyo exterior tenía en su parte superior el carton grabado que recortábamos para jugar, y otra de calidad muy superior, que costaban 10 centimos, en caja de carton más fuerte y con tapa muy artística, con un cromo de colores, tapa que se levantaba y se cerraba con la presión de una goma que la unía firmemente a la parte que servía como de cajón de las cerillas, que eran de clase muy superior a las otras. Esa tapa era el "cartonet" usado por los niños y apreciado con un valor doble, triple o cinco veces superior al de los otros de las cajas más sencillas y cerillas más baratas. A su vez el valor de esas tapas también variaba según fuera el cromo grabado en ellas. Por aquel tiempo hubo



uno, anuncio del papel de fumar Nikola, que tenía tal valor para los niños que al pedirlo con preferencia en los estancos las personas mayores para regalarlos a los pequeños de su familia, hubo ocasiones en que se agotaron. El 10 de octubre de 1924 "Heraldo de Castellón" se refería a esta circunstancia.

Como decía, en un principio els cartonets eran objeto de colección, se buscaban y se cambiaban para ir componiendo la serie de ejemplares distintos. Pero bien pronto pasaron a ser valores para los juegos, moneda infantil para jugarla en cualquier modalidad del juego de boletes, de trompa, de carreras, de cualquier cosa. Se ponían en el fondo comun para el juego, en la Posa; se pagaban o ganaban en el desarrollo de este, se manoseaban constantemente, hasta que a fuerza de uso eran desechados porque nadie los aceptaba.

Muy pronto apareció un nuevo y más valioso cartonet: el cromo. Tambien en un principio fué elemento de colección, y se buscaban y guardaban para conseguir la serie, pues aparecían por series y con número dentro de estas; pero casi enseguida el cromo mismo se convirtió en elemento de juego en muchas modalidades y tambien en valor de cambio.

Creo que la primera serie de aquellos cromos multicolores, con estampas de gran calidad, fué una titulada "El túnel", con ecos del final de la guerra europea, entonces la famosa contienda de 1914-18, cuyos hechos y escenas los niños de los 20 vivíamos todavía en toda su trágica grandeza. Los cromos relataban, escena tras escena, la construcción de un tunel para una acción bélica.

Pero de pronto comenzó el auge del futbol y la fama de grandes equipos y, sobre todo, de sus primeras figuras. Y los impresores de cromos y los fabricantes de chocolate, en cuyas pastillas aparecía un cromo que muchas veces hacía comprar el chocolate, no tardaron en lanzar los cromos de futbol, con series de once por cada equipo y con una figura del equipo y una jugada suya en cada cromo. Los Zamora, Samitier, Piera, Meana, Belauste, Travieso, Montes, Cubells, pronto fueron tan conocidos por los cromos como por su fama futbolística en un tiempo en que había muy pocos periódicos deportivos y los que había no llevaban información gráfica. Pero todos sabíamos por los cromos de la raya del cabello enmedio que Zamora se marcaba entonces, o del flequillo de Samitier al rematar de cabeza, o del pañuelo con cuatro puntas de Belaúste, o del pañuelo colgando de la cintura del pantalón de Alcántara, el hombre que rompió la red de un chutazo en el partido contra Francia en Burdeos.

Por lo general estos cromos eran el regalo incluido en las pastillas de chocolate Orús o Amatller, las grandes marcas de la época. Los primeros eran algo menores que una tarjeta postal, pero enseguida esos de futbolistas eran verdaderas estampas de calidad, algo mayores que la tarjeta, de buena cartulina, bien dibujados e impresos a todo color.

Los cromos trajeron consigo un juego específico: la pareteta. Se jugaba contra una pared, en la que a la altura de metro y medio se marcaba una linea para el lanzamiento. Se colocaba allí el cromo y se le soltaba para que cayera, unas veces a plomo, otras volando y distanciándose de la pared, lo que los niños acabábamos logrando hacer a voluntad. En ocasiones para ganar, el cromo había de caer sobre los de la posa colocados al pie del punto desde el que se lanzaba; en otros había de ir a buscar a los que tirados anteriormente, estaban más lejos de la pared.



Pero al margen de esto, como decía, cartonets y cromos eran, sobre todo, elementos de cambio, moneda infantil de aceptación y valor admitido sin discusión en el universo infantil de la época, de una época en que era muy raro que tuviéramos y manejáramos dinero en nuestros juegos y diversiones.

Al mismo tiempo que todo esto se producía también la creciente popularidad del cine. Y como por arte de magia, los niños empezamos a hacernos con cuadritos del celuloide de las películas, en ocasiones prohibidos por los mayores porque a más de un pequeño se le encendieron, con el peligro consiguiente, los que llevaba en el bolsillo. Los niños privilegiados recibían el regalo de alguna muy primitiva "máquina de hacer cine" y películas para proyectar. Los que no tenían máquina, también podían comprar algún trozo de película y cortar sus encuadres. Por entonces estaba en pleno auge la famosa "La Senyera", el establecimiento de la calle Colón -en el local ahora cerrado tantísimo tiempo junto a Lámparas Alcañiz- cuyo escaparate y cuyo interior era un mundo de milagro para los niños con sus balones de reglamento, bombas para inflarlos, los famosos Mecano, lámparas de pila unas hasta semejando pistolas browning; y, desde luego, máquinas de "hacer cine" y películas.

Aquellos famosos cuadritos de celuloide se guardaban, se contemplaban intentando adivinar de qué película eran; pero sobre todo se utilizaban para jugar, también como elemento de cambio como cartonets y cromos. Y se ofrecían en un juego peculiarísimo: el mampruño. Consistía en apretar bien cuatro o cinco, o más, de aquellos cuadritos y colocarlos en la palma de la mano, bien apretada para disimular el grosor. Con la otra mano se cubría todo ello y se presentaba al otro jugador diciendo: "Mampruño, mampruño". Y aquel decía: "Alsa el puño", con la mescolanza del hablar propia del tiempo. Entonces, con rapidez, se levantaba la mano que cubría los celuloides, para que el jugador pudiera atisbarlos. Y había de adivinar cuántos se habían colocado, cosa bastante difícil. Y así, cambiando uno y otro jugador, se eternizaba el juego. El mampruño estuvo en pleno auge allá por 1923, en la época en que yo lo recuerdo de jugarlo en el gran patio de la escuela d'orfens, cuando estaba allí nuestra Colonia Educativa, antes de trasladarse a la calle Enmedio.

Por cierto, que por esa circunstancia de que a algún niño se le encendieran los celuloides en el bolsillo, tal vez porque en él llevaría alguna cerilla también -un bolsillo del pantalón corto infantil entonces solía ser un saco con mil sorpresas en su contenido-, los pequeños acabamos por encontrar un estuche adecuado que evitara el peligro y a la vez conservara tersos e inmaculados nuestros cuadritos de película. Y no fué otro que las cajitas de hojalata, grabadas en rojo y con explicaciones de las bondades de las famosas pastillas del Dr. Andreu para la tos. Muchos pequeños llevaban en su bolsillo una de aquellas cajitas y en ellas, bien apretados y conservados, los celuloides de sus juegos.

### **CANUT, CHAPES, . . . . .**

Ya con el elemento de esas cosas y sus valores, el panorama de los juegos infantiles era infinitamente variado y se jugaba al flendi, al canut, a las chapas, unas veces disputándose puntos simplemente, sumándolos según lo que se hacía, pero por lo general perdiendo y ganando cartonets, cromos, boletes, etc.



El flendi aparte el propio juego, era en sí el pedazo en forma de rectángulo de lados de dos o tres centímetros de largo por un par de ancho, especialmente de hierro, que por su peso podía ser manejado pronto con soltura y colocado con buen ojo donde nos interesaba a lo largo del juego. O se perseguía el flendi del otro jugador, para golpearlo y ganarle, o se lanzaba contra el montón de cromos o cartonets colocados dentro en un pequeño rectángulo, para ganar los que salieran de ese espacio marcado. O se competía de muy diferentes formas.

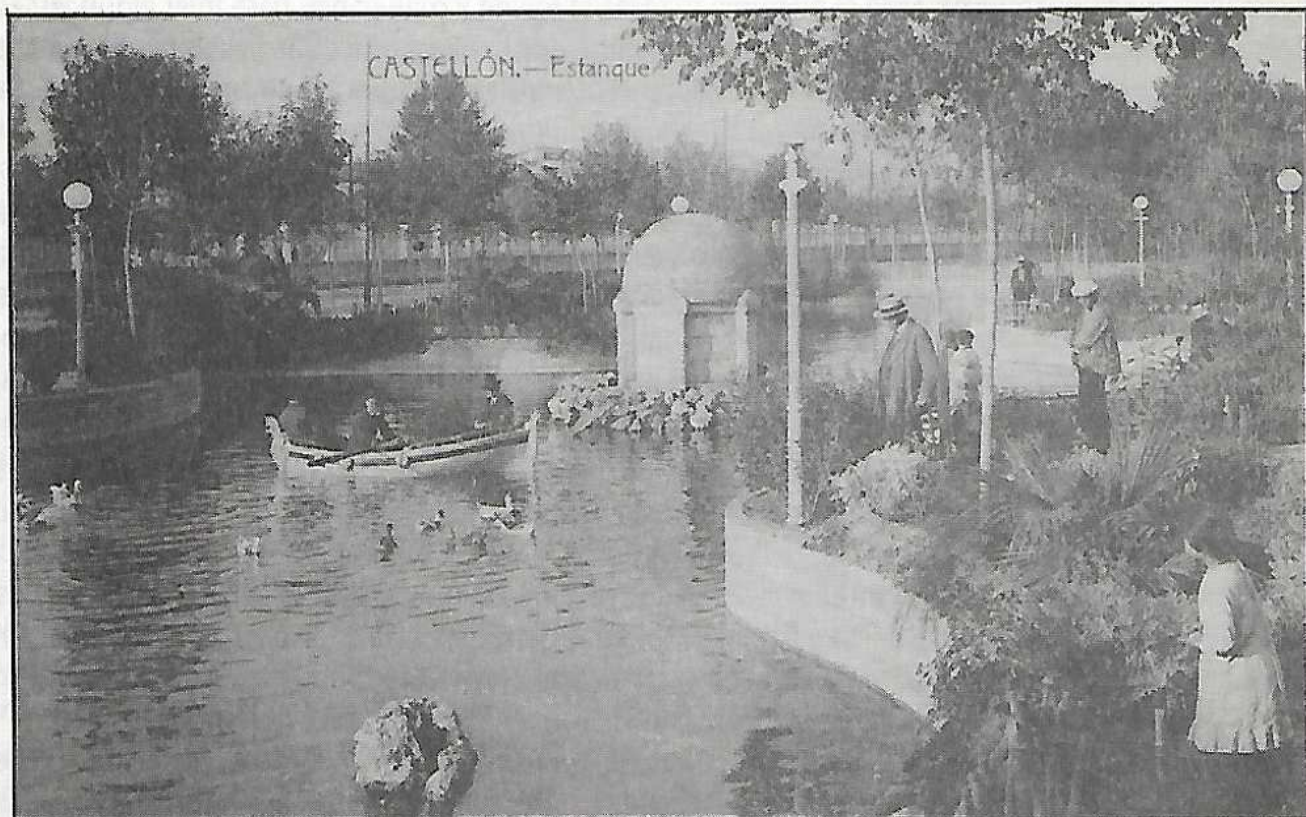
El canut era también juego variado e interesante, en algunos momentos apasionante. El canut era un pedazo de caña de tres o cuatro centímetros, que se plantaba en un lugar determinado, con un espacio marcado en torno a él y con cromos o cartonets encima. El secreto estaba en tirar con una chapa de diez céntimos o con un flendi, y conseguir que el canut, por ejemplo, saliera de aquel espacio y los cromos quedaran dentro de él. Para ello, claro está, el golpe sobre el canut, lanzado desde cuatro o cinco metros, había de ser lo suficientemente fuerte y a la vez templado para que la hueca caña saliera disparada en seco y los cartones o cromos se desplomaran en el mismo lugar al faltarles su apoyo.

Pero con una especie determinada de canut hubo un tiempo en que los niños tuvimos otra moda: la de hacer lo que se llamaba "cagalló", un cordón de lana trenzado con un pedazo de caña hueco, como el canut, pero en uno de cuyos extremos se cortaban huecos para dejar una media docena de dientes. Pasando la lana, las lanas de distintos colores, por esos dientes, trenzándolos, iba saliendo, a tirones, por el otro extremo el cordón, que nos servía para atar algunas cosas, para unido hacer algún gorro. . . o para nada, porque lo interesante era en algunos momentos sentarnos en el bordillo de la acera o en algún portal, y hacer cagalló. Precisamente para hacerlo necesitábamos lana, que en ocasiones conseguíamos en casa si nuestras madres la tenían y manejaban para tejer algún jersey u otra prenda, con lo que siempre quedaba un resto para nuestro juego. En otras ocasiones ahí estaba casa el Guitarrero, donde llegábamos con aire lastimero y nos la regalaban o la comprábamos si había algún final de madeja para vendernos.

Del mismo modo, cuando llegaba la moda de jugar a les chapes, nos hacíamos o nos guardábamos para ello alguna moneda de diez céntimos, el clásico chavo de cobre, que era la llamada también chapa. Con ella, o con ellas, pues casi siempre se jugaba tirando dos, se jugaba a cara y cruz, lanzándola al aire y teniendo que acertar, para ganar, el lado que quedaba arriba al quedar en el suelo. A cara y creu nos jugábamos también todo ese repertorio de cosas y valores manejadas por los niños.

De todos modos los niños teníamos casi prohibido manejar y jugar con chapes, aunque lo que nos jugábamos fuera cosa distinta al dinero. El manejo, el tirar la chapa al alto, parecía ya un juego peligroso. Porque, efectivamente, los ya jóvenes en esa etapa de mediados los 20 empezaron a organizar partidas en las que lo que estaba en litigio era dinero. Oficialmente, al ser un juego de estas características, las partidas también estaban prohibidas, pero como la vigilancia callejera estaba a cargo de media docena escasa de municipales y una decena de lo que entonces -en Castellón vinieron once en 1920, al fundarse el cuerpo- se llamaban guardias de Seguridad, los famosos "cascos", porque era este parte de su uniforme, había puntos en que se armaban verdaderas partidas. El 6 de julio de 1923 "Heraldo" llamaba la atención de las autoridades para que eviten las partidas de chapas en la parte de atrás del trinquete Pelayo - el nuevo, que yo creo se llamaba Numancia-, para que





(Colección: J. Prades.)



aquello no se convierta en un nuevo Montecarlo. (nada menos).

Esa variedad de juegos, a los que podrían añadirse algunos más, solían desarrollarse en nuestras calles desde media mañana a media tarde. A medida que el año avanzaba y se aproximaba el verano, también los juegos se prolongaban porque había una edad en la que por entonces los niños debíamos recluarnos ya en casa "quand s'ensenguen les llums". En los años 20 la iluminación de Castellón era bastante pobre y además con muchos fallos. Por lo general en cada esquina, tal vez no en todas, uno de los antiguos ciertamente grandes y ciertamente artísticos faroles del gas, habían sido dotados de una bombilla y así se iluminaban las calles, con la claridad concentrada en las esquinas. Luego se colocaron otras bombillas al extremo de brazos metálicos en algunas fachadas de la mitad entre esquina y esquina. Y más tarde se instaló lo que se llamó en un principio "alumbrado extraordinario", bombillas con una pantalla superior de metal para proyectar la luz sobre el suelo, pendientes de un cable entre las fachadas de ambos lados de las principales calles en que esto se instaló.

Cuando los niños teníamos ya esos años en que en la época de buen tiempo las familias nos dejaban salir a jugar algún rato por la noche, los niños nos aglomerábamos bajo los faroles de las esquinas o en las zonas más alumbradas para vernos unos a otros más mal que bien, para ver los cartonets o los cromos, para distinguir las boletes aunque muchas veces se nos perdían en algún rincón oscuro o nos costaba encontrarlas y situarlas en alguna zona sombreada. Y si en ocasiones durante el día, para jugar acudíamos a algún portal amplio en que los dueños nos dejaran por jugar con nosotros un hijo de la familia que allí vivía, por la noche lo hacíamos con más frecuencia, buscando a la vez que la amplitud la buena iluminación del portal escogida.

Estos eran juegos de "después de sopar", porque la familia ya había cenado. Para prolongar más el tiempo de juego, los niños conseguíamos en ocasiones que las madres nos dieran el "sopar en rúa", y con ella salíamos a la calle en busca de los amigos, cenando y jugando todo a la vez. Todo ello constituía ya de por sí una enorme felicidad para los pequeños. Y había etapas en que la felicidad subía de punto, cuando por la tarde la madre nos mandaba a comprar "pa roig", de la peculiar harina especial, por mi parte al horno del tramo estrecho del carrer d'Amunt junto al Descarregaor.

Y en una buena rúa de ese sabroso y todavía casi calentito pan, nos metía una longaniza con tomate cocido a lo que se llamaba "el chip chip", picándolo con la cuchara de madera con el aceite en la cazuela, hasta que quedaba cocido y gustosísimo. Acabada de comer la rúa, en tiempos bien medidos por los mayores, comenzaban las llamadas a los niños y habíamos de terminar el juego para regresar al hogar. Allí la dicha llegaba al último límite si el padre nos permitía ayudarlo en la operación de acondicionar la puerta exterior de cristales y cerrar la de madera que detrás de ella aseguraba la paz de la casa.

### **LA PELOTA Y EL FUTBOL CALLEJEROS**

En ese decenio de los 20, en Castellón seguía teniendo el juego de pelota una enorme popularidad. Teníamos el viejo, antiquísimo trinquete de la calle Gobernador, a vora sequia, junto al Almodí, ya convertido en parque de bomberos. Y luego tuvimos un trinquete nuevo, en la esquina frente al



Hospital, llamado oficialmente Numancia y corrientemente así, trinquete nuevo. En el viejo se celebraban partidas muy importantes pero, sobre todo, a él acudían muchos jóvenes a jugar, no pocos de ellos estudiantes del Instituto que dejaban de acudir a clase para darle a la vaqueta de la pelota. El nuevo tuvo también un cierto esplendor con partidas importantes y asimismo contó con algún público jugador asíduo, pero nunca desbancó al viejo y pronto fué decayendo más de la cuenta.

Pero la afición a la pelota desbordaba el ámbito de los trinquetes y en las calles jóvenes y niños jugaban en cualquier pared o a "llargues", en cualquier tramo de calle propicia a ello. Pelotas, buenas, duras, y otras más propicias para estos juegos callejeros, aunque cubiertas de piel, unas marrones y otras blancas, se vendían en muchas tiendas, precisamente por eso, porque la afición y la práctica de la pelota eran muy populares. Tanto que en muchísimas paredes que se querían defender de los pelotaris, se pintaban los anuncios de "Prohibido jugar a pelota", aunque la prohibición era muy poco eficaz pues no abundaba la fuerza de vigilancia callejera. En otros lugares se apelaba a un método más práctico poniendo en la pared zonas con adornos de obra en forma de surcos o salientes, que hicieran incómodo, por el mal rebote, el juego de pelota. Precisamente ahora se está construyendo un edificio en la calle Guimerá, entre Alloza y Plaza del Rey, frente a lo que fué mucho tiempo cuadra de Giménez, en la cual hasta este momento mismo del derribo se consevaban esos aditamentos para que no jugaran a pelota los revoltosos alumnos del inmediato Instituto. De todos modos y pese a todo, a la pelota se jugaba en la calle y a la pelota se jugó hasta que fueron aumentando los automóviles y las partidas se refugiaron en rincones poco frecuentados por ellos.

De otro lado, ya en los años 20 comenzó el fútbol - entonces todavía se escribía muy en inglés, foot-ball- a dejar de ser una extravagancia de algunos pocos excéntricos para convertirse en deporte de creciente popularidad. Cada domingo al tiro de pichón y a los llanos del Hospital acudían numerosos futbolistas jóvenes y niños, disputándose numerosos partidos, pues en uno y otro lugar los amplios espacios que entonces existían daban para tres campos en cada uno para los informales encuentros primero, para algunos campeonatos con cierta organización después.

En el tiro de pichón el límite superior lo constituía el famoso maset de Valero, pronto con aquella antena de grandes columnas metálicas. Y por la parte inferior llegaba muy cerca de la Ronda, rodeado el inmenso espacio por una parte de algunas fábricas de azulejos y de otra por la serie de masets más o menos lucidos. En los llanos del Hospital, con este todavía reducido a sus primitivas dimensiones, pues muy al final del decenio se construyó el famoso pabellón Donat, fruto de la famosa herencia, y se alargó la tapia de la recién bautizada Avenida de Clará hasta sus dimensiones actuales, también se jugaban un par de partidos a la vez; cuando no eran tres utilizando el largo terreno hoy Avenida del Padre Jofre, que a menor altura que el resto de los llanos y bastante más pedregoso, no empleaban los jóvenes o infantiles futbolistas sino cuando no les quedaba espacio en el otro amplio y más mullido y cómodo recinto. Todo eso, claro, compartiéndolo o cediéndolo en ocasiones a los grandes circos, el Hagenbeck, el Krone, que empezaron a aposentarse allí como lugar más amplio y cómodo.

Al mismo tiempo, en ese inicio del decenio ya existían, aparte otros menores -Ribalta, Castellonense, etc.-, dos importantes clubs de fútbol: el Castalia, el decano, con jersey azulgrana como uniforme, y el Cervantes, en un principio hasta con jersey -no se utilizaban entonces camisetas de tela- con los colores de la bandera republicana, aunque luego el clásico fué blanco combinado con



pantalón negro. El auge del fútbol llevó a pensar en un Club con el nombre de la ciudad y en la Junta General celebrada el 20 de julio de 1922, el Cervantes acordó cambiar su nombre por el de C. D. Castellón. Entonces ya eran famosos los Alanga, Domenech, Boca, Martínez, Archilés, Planchadell, Aliaga, Pinto, u otros, divulgándose la afición activa y pasiva por todas las capas sociales. Y haciendo que los niños incorporáramos el fútbol a nuestros juegos, no solo acudiendo a buscar espacio en esos terrenos específicamente futbolísticos, sino montando y disputando partidos en las calles incluso más céntricas o en cualquiera de las plazoletas de la ciudad pequeña de aquella época, sobre todo frente a las Escuelas Pías por parte de los alumnos del Centro o en la Plaza Amalio Gimeno ante el Instituto, donde los ya pocos centenares pero centenares al fin de alumnos de lo que se llamaba Segunda Enseñanza, organizaron partidos memorables en el amplio recinto de tierra cercado por un bordillo y con pocos árboles nunca con demasiadas posibilidades de arraigar.

Para ese fútbol callejero e infantil -en el Instituto se ingresaba a los diez años-, todo servía. Lo mismo se jugaba con una pelota algo gruesa de las que se empleaban para el juego valenciano, que se confeccionaba uno de aquellos inolvidables bolos, con periódicos o retales de deshechos de ropa bien apretados y sujetos con cordeles, que en algunos casos eran verdaderas obras de arte y con sus diez o doce centímetros de diámetro cumplían inmejorablemente el papel de improvisado balón, pues la economía infantil no daba espacio para mayores lujos. Que alguno más "señorito" aportara alguna pelota de goma era ya algo extraordinario, y que al final no tenía demasiada trascendencia, pues esas pelotas, baqueteadas por un fútbol primitivo y con frecuencia violento, reventaban pronto en tanto el bolo artesano duraba más y, sobre todo, cuando se rompía era sustituido pronto y bien por otro de la misma confección y características.

En tanto el fútbol oficial tenía como campo más famoso el de la carretera de Valencia, sin otro nombre que este de su emplazamiento, y el que el Castalia construyó en el camino del Mar -la Avenida de Hermanos Bou de ahora-, las calles se llenaban de partidos. El 15 de diciembre de 1922 "Heraldo" se quejaba de ello afirmando que "es casi imposible ir por las calles de Castellón, llenas de enjambres de niños que las han tomado como campos de deportes", describiendo días después, con cierta ironía, el "gran partido" desarrollado en lugar tan céntrico como la plazoleta frente a la Iglesia Mayor por una chiquillería gritona y violenta. En 1924 el panorama futbolístico local acabó enriqueciéndose con la inauguración del desde un principio famoso campo del Sequiol, más allá del Olivaret, al final de una en buena parte todavía inexistente pero por lo menos para entonces en sus comienzos amplia y ambiciosa calle Herrero, aunque ya en zona de huerta y naranjales. A la vez iban apareciendo terrenos próximos en los que niños y jóvenes a fuerza de jugar marcaban su campo de fútbol, aunque siempre sin porterías, que se imaginaban con líneas ideales a partir de un montón de piedras o de prendas del vestuario de los jugadores, que se colocaban para marcar la "cepa del poste". Eso aparte del uso como campo de fútbol original, pero muy privado y familiar, de la Plaza de Toros por nuestra Peña Bou, que allí se enfrentaba domingo tras domingo a uno y otro de los equipos infantiles y de adolcentes que a medida que avanzaron los años 20 fueron organizándose en cantidad incalculable.

### **EL PATINETE Y LA BICICLETA**

En esos años 20 apareció y se divulgó pronto el famoso patinete, en un principio todo de madera



con ruedas de hierro colado que con facilidad se partían cuando el tripulante, a lo largo de una carrera o en el transcurso de juegos poco académicos, chocaba con el de otro niño o daba contra el bordillo de la acera. Luego fueron mejorando con partes metálicas más solidas y con ruedas con radios de cable y goma en el contacto con el suelo. Pero de todos modos siempre fueron demasiado frágiles para las violencias a que los niños los sometíamos. En algún momento esas calles de pavimento mejor a que me he referido a las de tierra más compacta y firme, estuvieron muy concurridas por patinetes en los que los niños llegaron a alcanzar velocidades vertiginosas y a realizar verdaderas diabluras.

Tras el patinete venía el uso de la bicicleta. Castellón fué en los años 20 la ciudad de las bicicletas, de las que hubo millares. En nuestras calles era el vehículo más abundante, dominado hasta lo artístico por los castellonenses de pocos años y los jóvenes de alguno más, y usado con mesura por mucha gente mayor. Ante el "problema" que la bicicleta representaba para la circulación callejera, el Gobernador Civil, D. Juan Barco, publicó el 20 de agosto de 1925 una pintoresca circular que merece ser recordada: "Digno de todo respeto, decía, y hasta merecedor de loanza es el uso de la bicicleta, tan extendido en esta capital. En la inmensa mayoría de los casos es un instrumento de trabajo, auxiliar efficacísimo del obrero para trasladarse de barrios lejanos al taller o a la fábrica; sirve al comercio para el trajín diario de dependientes comisionados; favorece las relaciones perentorias de industriales, mecánicos y agrícolas; puede ayudar a servicios oficiales de notoria urgencia, e imprime, en suma, grande y saludable actividad a la vida ciudadana, salvando rápidamente en lo urbano y en lo interurbano, distancias que al peatonaje costaría tiempo y fatigas excesivas.- Pero reconocida esta general utilidad del velocipedismo y la conveniencia de fomentarlo por todos los medios, se ha de reconocer también que por una mayoría de ciclistas se abusa desconsideradamente, llevando los artefactos a una velocidad tan grande que constituye serio peligro para los viandantes y principalmente para los niños que un poco africanamente pululan en nociva libertad - y con ofensa para el ornato- por calles y plazas de esta capital y pueblos importantes de la provincia. No es tolerable tampoco que se tomen por velódromos las vías públicas ciudadanas. . .". Pero a pesar de estas cursis reconveniones de la autoridad, nuestras calles eran si no velódromos sí pistas usadas por los ciclistas sin demasiadas preocupaciones, entre ellos los niños que comenzaban a crecer y que aun pudiendo solo mover los pedales metiendo un pie por el cuadro de la bicicleta, sin sentarse en el sillín, iban y venían por todas partes, cruzando calles y subiendo por aceras sin mayores preocupaciones.

La bicicleta tenía en aquellos tiempos unos aspirantes notables al aprendizaje de su uso: los soldados de reemplazo procedentes de pueblos del interior y especialmente del bajo Aragón, que habitantes de localidades poco llanas, no tenían ocasión de conocer y usar mucho la bicicleta. Cuando llegaban por su obligación del servicio militar a este llanísimo Castellón, la bicicleta era una tentación general; y cuando el domingo tras la comida la tropa salía "de paseo" del vejo cuartel de San Francisco, los reclutas del uniforme azul y rojo con su ros en las galas -hasta 1927 no se cambió por el uniforme caqui- corrían a la famosa casa Ecroyd de la calle Escultor Viciano, para alquilar una de las vetustas bicicletas que para esos fines había allí. Y con ella, subiendo y cayendo una y otra vez, marchaban al Paseo, en cuya calle del Obelisco, ancha y sin casi circulación, se esforzaban por aprender a subir en el popular vehículo en presencia de aquellas entonces numerosísimas "passejaores", género abundantísimo, encargado de "passejar" a los niños pequeños, y que eran el público más propicio a



la soldadesca y sus por lo general accidentados alardes velocipedísticos.

Los niños también alquilábamos alguna vez una de esas bicicletas, pero por lo general contábamos para nuestro aprendizaje con la de algún amigo o pariente. Con ello, apenas los pies llegaban a los pedales, casi todo el mundo en Castellón sabía "subir en bicicleta" para comenzar pronto el dominio del abundantísimo vehículo de dos ruedas, con el que en las calles se veían hacer filigranas, andar hacia atrás montado en el alto manillar de la época, frenar con el pie en la rueda para mantenernos inmóviles sobre la bicicleta. O, cuando llegaban las fiestas de julio y se instalaban en el andén de coches de Ribalta los famosos peraltes de madera que lo convertían en velódromo para las competiciones en las que Batistet Llorens era nuestro héroe, corriendo por allí e intentando subir por las rampas, cosa nada fácil para nuestras todavía escasas fuerzas.

Una de las molestias de las bicicletas para los transeúntes, la constituyeron las bocinas que se usaban. Por entonces los pocos automóviles que circulaban llevaban preferentemente una bocina, con pera de goma negra y lengüeta que tamizaba el aire que daba vuelta por el interior de un tubo bastante ancho, con lo que su sonido era más bien grave y fuerte. Las bicicletas incorporaron en muchos casos bocinas semejantes, con lo que al volver una esquina soltaban un bocinazo que confundía a las gentes, que no sabían si lo que se les venía encima era una bicicleta, un automóvil o una medio camioneta de las que comenzaban a aparecer. Por ello se prohibió -eran los tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera- el uso de estas grandes bocinas a las bicicletas, que entonces las sustituyeron por unas más pequeñas de la misma forma y corte y, lo que fué peor, por otras muy estilizadas, de campana recta, cuya lengüeta daba un sonido estridente y agudo que si bien sabíamos pertenecía a una bicicleta, molestaba a los oídos por su tonalidad como de perrito gritón.

Sobre la gran demanda con que la bicicleta contaba, pronto los modelos en venta se multiplicaron; y aquellas diríamos clásicas, pesadas, con el manillar en U y de brazos altos, dejaron paso a las de manillares llanos, las de frenos automáticos -las de carreras, con el manillar invertido, existieron siempre pero solo usadas para las competiciones-; y comenzaron a ser más numerosas las pequeñas, propias para niños, antes muy escasas. Yo tuve a mis nueve años una preciosa, niquelada, cuya marca proclamaba con mucho orgullo: Taller de Roberto, pues fué fabricada en aquel taller del popular Roberto en la esquina de la Avenida Perez Galdós con la calle de Obelisco, a fuerza de paciencia del propio Roberto, al que cada día visitaba yo para ser testigo del proceso y acicate de su marcha. Casi un año costó dejarla lista, pues era una faena marginal y cariñosa dentro del funcionamiento del polifacético gran taller. Pero cuando al fin aquel inolvidable amigo de mi padre me llamó y con gran solemnidad me entregó la reluciente bicicleta, tuve la impresión de que para mí comenzaba una nueva vida. Que estuvo a punto de terminar al ser atropellado en las Cuatro Esquinas por un Fiat de la época, cuando las cruzaba en el curso de uno de los innumerables paseos diarios que sobre la bicicleta hacíamos.

### **JUEGOS EN EL PASEO RIBALTA**

Aunque parezca una paradoja para el Castellón "urbano" de hoy, para el que el Paseo Ribalta da la sensación de estar lejano y es poco concurrido, en los años 20 para nosotros los niños el Paseo



era un lugar al que acudíamos bastante y en el que teníamos un interesante repertorio de juegos. En primer lugar esos de correr y escondernos, para los que eran lugar muy adecuado el paseo, sus andenes, sus plazuelas principales y secundarias, sus pasos más sombreados y oscuros -el túnel llamamos a uno de ellos-, su casi reciente hermosísimo estanque -realizado en 1914 - 1915-y la inmediata muntanyeta, a la que ascendíamos con cierto aire de aventura por estrechos senderos, naturalmente cortos. Así, bandadas de niños iban y venían, se perseguían y gritaban, se escondían, desaparecían y aparecían, por las zonas más inesperadas de Ribalta.

Para ellos y sus diversiones era un auténtico ogro el guarda del paseo, el popular y por la infancia entonces temido lleuero. En realidad era una especie de guarda forestal, con su uniforme de tal, su bandolera de cuero con un escudo municipal, y su gorra, con una larga vara por toda arma. Por temperamento del lleuero de entonces o por el aire de importancia que el guardia quisiera darse, el caso es que yo lo recuerdo como figura de lento caminar y escasa agresividad. Pero para los niños era realmente temible; y aunque corriéramos y cruzáramos a placer andenes y rotundas, encontrarlos de pronto, verlo asomar por uno de los senderos que recorríamos, era ya motivo para salir huyendo o para detenernos en seco. No sé si entonces no se querría que los niños, que la verdad es no causábamos daños a las plantas ni árboles, no rompieramos la quietud y apacibilidísimo ambiente del paseo, pero el caso es que nosotros sí creíamos que el lleuero estaba en contra de nuestros juegos y correrías dispuesto a castigarnos por ello.

El Paseo fué escenario de toda la serie de juegos infantiles que he enumerado, pero especialmente lo fué en un momento dado del juego con el aro cuando este estuvo de moda. El aro, de madera, de algo menos de un metro de diámetro, lo hacíamos rodar con golpes de un palito corto, una especie del palillo de los pequeños tambores infantiles de entonces. Había niños que tenían extraordinaria maestría y realizaban verdaderas diabluras dándole al aro, consiguiendo alcanzara buena velocidad, guiándolo con un golpe del palito, salvando obstáculos, montones de tierras, canaletas y curvas. Cogiéndolo con la mano y lanzándolo con efecto, lográbamos que el aro se alejara y volviera a nuestras manos.

De todos modos el juego del aro era en el fondo digamos algo selecto; y uno de los estilos de juego, con cierta finura, era competir con niñas. O no tan niñas, porque recuerdo un momento dado en que al Paseo iba a jugar con su aro una niña también ya en la edad al borde de la adolescencia y con fama, y realidad, de guapa, que tuvo en torno suyo un día y otro verdaderas nubes de moscones de pronto aficionados al aro y buscando el modo de jugar con ella, que sus aros tropezaran y ayudarle a recogerlo del suelo.

Aunque en las calles tampoco estuvo ausente del todo el aro, y no faltaron correrías callejeras con él por delante, atropellando transeuntes en la carrera, parece como si el amplio andén de la entrada del que por el Obelisco da acceso a la estación, fuera especialmente tentador para este juego, siempre más de niñas que de niños, pero sin que estos lo desecharan del todo porque les permitía combinarse con las niñas cuando ya comenzaban a encontrar interés en esto.



## **TRAVESURAS MENORES Y MAYORES**

Naturalmente, aparte de jugar la chiquillería tan presente en las calles del apacible y familiar Castellón de los 20 dejó constancia de travesuras menores y mayores que vistas a la distancia de casi setenta años resultan muy representativos de la ciudad de entonces.

Si el baño de mar ya era costumbre establecida y la marcha al Grao, a la Playa, a pie o en la típica y entonces popularísima Panderola, cuando no en carro o en tartaneta, constituía en algunas épocas del año cosa obligada, con la acequia Mayor descubierta en toda nuestra huerta y en algún tramo de la ciudad, no faltaban nunca pandillas de niños que al llegar los calores se bañaban en ella y lo hacían, fiando en la soledad de los lugares escogidos, totalmente desnudos. Pero en muchos casos les parecía poco concurrida la zona de la Beneficencia, o pasada la Plaza de Maria Agustina en el tramo hasta el primer Molino, o algún lugar todavía más urbano. Y al agua patos, ante el escándalo de los transeuntes ocasionales, por entonces nada acostumbrados a tales exhibiciones, aunque fueran de niños. Todos los años al llegar el verano los bañistas en la Acequia Mayor eran numerosos, y todavía en su número del 3 de junio de 1927 "Heraldo" se ocupa de ellos y escribe: "Se observa que muchos niños toman el baño en las acequias próximas a la capital, con peligro para ellos y para la moral".

Con la acequia Mayor arrastraba cierta fama negativa otro lugar centro de desmanes infantiles: el famoso camino Hondo de entonces, el viejo camino al mar, el único y tan típico antes del nuevo debido a Campoamor, allá por la partida del Sensal. Allí, "al camí fondo", acudía la chiquillería de mayores años a "fer l'arca", a armar peleas a pedradas de mayor o menor densidad, de tal modo que durante algún tiempo "anar al camí fondo" no era tenido por signo de bondad entre nosotros.

En el perímetro más urbano una travesura que bordeaba el juego y tenía ciertos aires ya entonces de tradición, era el célebre lanzamiento de llidons con el canut. Este era de caña verde, más estrecho que el utilizado para los juegos de que he hablado; y de algo más de un palmo de largo. Se vendía en algunas partes, en algunos puestos en que vendían también cacaos y tramusos, o en puestos particulares en que junto a los canuts y llidons vendían otros productos típicos del campo como alboros o serves, aquellos con no poca y justificada fama de indigestos. Naturalmente, vender a los niños en la calle canut y llidons era toda una invitación a la guerra. Que los niños aceptábamos armandonos de la cerbatana y del puñado de frutos del lledoner, que nos metíamos en la boca para chupar y consumir la pulpa y dejar el hueso mondo y lirondo. Ya el pinyol dispuesto, se lanzaba con energía sobre algún cristal para disfrutar del estridente rebote. . . o del estallido mortal y conflictivo.

Pero la cosa era buena cuando algún domingo los niños, con nuestras mejores galas, íbamos al Paseo con los padres jugando a "señoritos". En el Paseo corríamos y encordábamos mientras las madres se sentaban en torno a un velador de los kioskos y los padres componían tertulias paseantes en la rotonda del Obelisco y escuchando el concierto de la Banda del Regimiento de la guarnición primero, de la Banda Municipal después de 1925 en que esta se fundó. Al final del concierto, cuando regresábamos a casa en casi procesión, los niños jugando modosamente unos pasos delante de los padres y como si nunca hubieramos roto un plato, en el cruce de la calle del Pueblo entonces, donde la calles Zaragoza se convertía en Colón, frente al viejo hostel de Sant Juan - en cuyo solar está hoy el Banco de Bilbao-, nos esperaba una mujer casi en cuclillas y ante ella un capazo con llidons y un



fajo de verdes canuts. Costaba que nos compraran uno, cosa que solo conseguíamos a fuerza de asegurar portarnos bien y no usarlos peligrosamente. Pero una vez lo logramos y nos veíamos dueños del canut y dels llidóns, ¿quién podía resistir lanzar alguno contra el globito de algún otro niño todavía más modoso que nosotros? ¿O quién, caso extremo, no intentaba colocar el pequeño pero picante proyectil en el sombrero de un encapotado señor entonces ensombreados, o hasta en el cogote de algún robusto paseante que iba metros más adelante y parecía no había de poder determinar de dónde había partido la agresión?. Fuéramos o no cogidos en la acción, por lo general el que no tenía dudas de la causa del griterío que se armaba, de la indignación del tiroteado o de los lloros del niño, solía ser nuestro padre. Y por más que callara y no nos descubriera en la calle, al llegar a casa no faltaba el airado gesto de quitarnos y rompernos el canut y descargar sobre nuestra cabeza, mejillas o posaderas el castigo correspondiente. Lo cual no impedía que en cualquier próxima salida, canut y llidons volvieran a tentarnos y los blancos móviles o en movimiento, arquitectónicos o humanos, se pusieran a nuestro alcance con atractivo irresistible.

En octubre de 1928 todavía se queja "Heraldo" de que por la calle Caballeros pululan pandillas de niños con canut y llidons.

Otra picardía de aquel tiempo salía a flote con ocasión de los arreglos o renovaciones del pavimento de las principales calles pavimentadas con alquitrán. Para arreglar los baches y renovar los trozos estropeados del pavimento, cuando no para hacerlo todo nuevo -pavimentar una calle más creo que no llegué a verlo en toda mi infancia-, se instalaban antes que nada un par de grandes fuegos, cilindricos de hierro para encender en su interior la leña, colocando encima una gran caldera para el alquitrán. Llamados corrientemente "les calderes", aquellos recipientes recibían los pedazos viejos de alquitrán o el nuevo suministro, para convertirlo en espesa cálida pasta que se iba tendiendo sobre la base del suelo y alisando con rodillos o largas maderas que se hacían correr para igualar el piso.

Pero en cada una de las hornadas del día, cuando se interrumpía el trabajo a mediodía o cesaba por la tarde, en la caldera y sus alrededores quedaba algo del alquitrán cocido, que por lo pegajoso llamabamos "pegunta", que los niños recogíamos y empleabamos. . . . como Dios nos daba a entender. En unos casos hacíamos bolos que dejábamos secar ; en otros moldeabamos alguna figurita. Pero a veces, al anochecer, nos acercábamos a alguna puerta en la que estaba colgando el entonces corriente aldabón, más grande o más pequeño, y aplastábamos una bolita de pegunta en la zona en que el picaporte había de golpear en la parte fija de metal en la puerta para dar sonido de la llamada. Apretando con la pegunta entre esas dos partes, el picaporte quedaba unido y poco después costaba mucho de despegar, con la consiguiente molestia y el natural enfado de los dueños de la casa cuando alguna visita no podía hacer funcionar el tradicional llamador y daba golpes en la puerta para que salieran a abrirle.

La acción tenía todavía peor intención cuando lo que se pegaba con pegunta no era el picaporte sino la puerta misma. Entonces aquellas casas habitadas por una sola familia, sino tenía una puerta de cristales a la calle disponían de una puerta de madera que estaba todo el día abierta y tras un breve zagúan, otra puerta llamada mediera, que era a la que se llamaba cuando se deseaba que nos dieran entrada. Pues bien, pasando a más, los niños, con la pegunta en la mano, lo que hacían era cerrar la primera de esas puertas, la de la calle, y poniendo el alquitrán entre puerta y marco fijo, sujetarla



hasta que alguien se apercibía y con el esfuerzo consiguiente lograba despegarla. Hay que tener en cuenta que por aquellos tiempos cuando moría algún familiar, una de las ceremonias del luto era "juntar la puerta de la calle", es decir entornarla y mantenerla casi cerrada. Por ello, cuando el visitante encontraba la puerta así cerrada, la primera pregunta, más o menos irónica al darse cuenta del juego, era: "¿Qué s'ha mort algú?".

En otras ocasiones la travesura era de signo inverso. Al atardecer - las iniciales sombras de la noche eran muy propicias a las travesuras infantiles- nos acercábamos a alguna puerta con ese aldabón o aldabilla acostumbrados, y atábamos un hilo o cordel fino y oscuro a la parte móvil. Alejándonos de allí, tirábamos del cordel, con lo que la aldaba al dejarla caer golpeaba en la parte correspondiente y llamaba a la puerta. Se escuchaba dentro la voz de "¡Ja va!", y poco después era abierta la puerta sin encontrar a nadie ante ella. En la primera ocasión quien salía a abrir creía que alguien había llamado por error y se había marchado. Pero cuando el juego se repetía ya se daba cuenta de lo que se trataba y salía a desatar el cordel entre protestas y amenazas.

Aunque los desafueros contra las "bellezas" urbanas de la ciudad no eran muchos por parte de los niños -aparte romper algún cristal de farol o alguna bombilla lanzando una piedrecita con el virulento tirador-, hubo por la mitad de aquellos 20 un punto de cierto conflicto. La Diputación había creado en la zona del antiguo Hospital, entre su sede y la calle Caballeros, frente al antiguo y rememorador local de las Aulas de Latinidad, ahora convertido en colegio de niñas, un jardincillo bajo, con senderos interiores bordeados de plantas y adornos, presididos por media docena de antiguas y esbeltas palmeras que daban muchos dátiles amarillos, amargos en su mayor parte pero con alguno con cierto sabor más aceptable, por los que los niños sentíamos especial predilección. Todo el jardín estaba rodeado por un murete de medio metro de altura, rebozado de enlucida capa de argamasa.

El jardín, sobresaliente en el conjunto urbano de un Castellón poco dado a bellezas semejantes, era una especie de "fuera de mi castillo que todo es mío" para un ordenanza o conserje de la Corporación provincial ya de cierta edad, notable por su cabello ensortijado, "moño rull" para nosotros, al que pronto se le quedó como propio el apelativo de "l'agüelo Caracolillos". El defendía como podía el jardín de las incursiones infantiles, que comenzaban por deslizarnos por el fino murete en sus distintos niveles y acababan, tomados ánimos, con comenzar a pedradas con las ramas de dátiles de lo alto de las palmeras, para que cayeran al suelo y poderlos coger. Hacer una cosa y otra representaba atraer al "agüelo Caracolillos" hacia una esquina, apedrear los dátiles de la palmera de la otra y lanzarnos sobre los que caían para cogerlos y escapar con ellos entre gritos de victoria. El pobre guardian, que se hacía el amenazador -no sé que edad tendría, pero era "agüelo" para los niños de entonces que considerábamos como tal a cualquier "sisanteno"- era derrotado casi siempre por la viva ligereza de la chiquillería, que ya muchas veces acudía allí no para estropear el jardín ni para apedrear y recoger dátiles, sino, simplemente para molestar, provocar y jugar como a guardias y ladrones con el popular agüelo caracolillos.

Todo ello, con el griterío bullicioso de la salida de las niñas del Colegio de las Aulas, dió de pronto demasiada atracción para la bullanga de la traviesa chiquillería. Y según "Heraldo de Castellón", los vecinos del sector -último tramo de la calle Caballeros, de la de San Luis, etc.- se quejaron al periódico y a las autoridades en diversas ocasiones a lo largo del año 26, en el que jardín, palmeras, dátiles y



CASTELLON—Calle Colón



(Colección: J. Prades.)



el agüelo Caracolillos tuvieron atractivo y popularidad para el cambiante gusto infantil.

Otros personajes también por entonces motivo de bromas y travesuras por parte de los niños fueron los guardias municipales, por tanto tiempo no demasiado respetados por cuanto parecían más que agentes de la autoridad, parte de algo tan propio como entonces se sentía al Municipio. Por eso los guardias, "els municipals" a secas, no eran demasiado temidos por una chiquillería traviesa, que además les llevaba la ventaja de su ligereza frente a las escasas posibilidades de correr de unos guardias todavía no seleccionados, ni muchísimo menos, a través de pruebas de aptitud física sino más bien colocados por razones de amistad con los concejales o por motivos políticos de menudeo, admitiendo ya de antemano que no habían de hacer demasiados servicios áduos.

En aquellos 20 los guardias municipales eran muy pocos en Castellón, todos conocidos de todo el mundo y tratados familiarmente por todo el mundo. Yo recuerdo una ocasión en que entré en casa corriendo porque huíamos de un municipal. Mi abuela estaba allí en aquel momento y me preguntó qué ocurría para aquellos apuros. Cuando le expliqué que nos perseguía un guardia, ni corta ni perezosa me cogió de la mano y salió conmigo a la calle. Allí estaba el buen guardia mirando a un lado y a otro cuando mi abuela se le plantó delante y le dijo reconvenciéndole: "Che Julián; ¿a esta faena te dediques, a asustar xiquets?". El, con la misma familiaridad, intentó explicarle que trataba simplemente de evitar que escandalizáramos por la calle, pero para mí el hecho marcó ya el trato entre el vecindario y los guardias, todos unos en el fondo y sin mayores rangos autoritarios.

De todos modos el más famoso por entonces de los guardias era uno alto pero desgarbado, además del tipo de persona con cuello largo, por lo que la inventiva infantil del tiempo le llamó pronto "Coll de pato". Y conocido como tal era un popular personaje, con su andar peculiar luciendo el típico uniforme azul, que por entonces estaba dotado nada menos que de sable, cuya utilidad nos resultaba a los niños muy dudosa, mas cuando nunca lo vimos utilizar, como es natural. De todos modos, insisto, si huíamos a veces de los guardias cuando nos encontraban "interrumpiendo el tráfico", incluso el inexistente, con nuestros juegos, en realidad los municipales del tiempo eran en los años 20 más bien objetos de broma o de burla por parte de una infancia callejera que con los pocos guardias que existían no tenía ni para el menor temor.

Claro que en el fondo esos guardias tenían asimismo un cierto sentido paternal y más procuraban ayudar que atemorizar. Por mi parte recuerdo a este famoso guardia municipal a que me he referido -y que no sé si viviría por la calle Mealla o alrededores, pues lo veía mucho por allí- por su intervención ese año 1924 en el atropello que sufrí en las Cuatro Esquinas. El golpetazo del automóvil contra mi bicicleta, me lanzó por los suelos y yo perdí el conocimiento por bastante rato. Atendido en un principio en la próxima farmacia de D. Hipólito Fabra, la hoy de Calderón, se dispuso mi traslado al Hospital en el coche también Fiat de D. Joaquín Dols Belliure -todo elementos próximos al lugar del suceso-, recobrando el conocimiento durante el viaje. Cuál no sería mi espanto cuando al abrir los ojos me ví en los amorosos brazos de Coll de Pato!, que era quien me había recogido en la farmacia para subir en el coche y entregarme ya en el Hospital a los cuidados de D. José Clará.



## **LOS CINES LA PAZ Y DORÉ.**

Los primeros años 20 fueron, por otra parte, los de la consolidación del cine como espectáculo popular. Nosotros habíamos escuchado a nuestros padres hablar de los primeros "pabellones de cine" en la Plaza de Tetuan, cine mudo y explicado en el que el "esplicao", decía: "Ese que corre es el toro y el de delante el hombre", o contar las aglomeraciones semanales en el Teatro para ver la serie de "La moneda rota". Los chicos de mi edad habíamos vivido ya la tragedia del cine La Paz, el salón infantil por excelencia, y yo hasta ví y recuerdo aquella tarde trágica de noviembre de 1918, bajo la lluvia, y el dolor de Castellón entero con el entierro desfilando por la calle Enmedio con la fila de ataúdes blancos.

En ese comienzo de la década renació la popularidad de La Paz, que en 1924 cambió su nombre por Doré, con el Teatro y el Novedades, llamado la Siberia, "allá lejos" al final de la calle Asensi, donde luego desde los años 30 estuvo el Capitol y hoy el altísimo edificio de este nombre. En el 21 apareció el en algún aspecto señorial Royal en el centro de la calle Enmedio; en 1928 el arrabalero Victoria y en 1929 el larguirucho Goya, recién caído bajo la piqueta modernizadora. Pero el cine de jóvenes y niños, el escenario de travesuras, diabluras y bromas de muy dudoso gusto fué, desde luego, el La Paz de antes de la tragedia y sobre todo de después, y ya el Doré en su más reciente historia.

Ir al cine un grupo de niños, y sobre todo con aires ahorrativos, ir a general, a la entrada más barata del piso superior, en la que nos apretujábamos y nos calentábamos unos a otros para hacer de las nuestras, era una de las grandes aventuras que por entonces podían correrse. Ibamos por lo general a ver el episodio de alguna serie famosa, entonces muchas del Oeste, en pleno auge de su fama: las de Tom Mix, el celeberrimo "El jinete Misterioso" después, que hasta tuvo un jinete vestido como el de la película recorriendo nuestras calles; y ya las series de universidades americanas y su gran deporte, el rugby, como aquella incomparable de "Estudiantiles". El día en que se proyectaba el episodio de estas series, de todos los rincones de Castellón afluan chiquillos; y había cola y empujones ante la taquilla, aglomeración y avalanchas en la escalera de acceso a la general del cine; y abarrotamiento en los bancos de madera del cerrado piso de aquella localidad casi sin respiraderos posteriores.

Antes de entrar al cine los niños solíamos cargar con comestibles capaces de irnos saciando a lo largo de la proyección: cacahuetes, altramuces, chufas secas, castañas asadas, a veces boniato, en ocasiones un pedazo de calabaza roja al horno. Y las cortezas y restos de cada una de esas cosas se convertían en objetos arrojadizos. . . que iban a parar al patio de butacas, cayendo sobre cabezas y regazos de los espectadores de más pago. Con ello la proyección estaba salpicada por indignados improperios de los de abajo, por contestaciones ofensivas de los de arriba, por insultos, gritos y denuestos, hasta que se imponía el rumor del resto del público exigiendo silencio. Y se hacía el silencio . . . hasta que un nuevo pedazo de piel de boniato caía en la cabeza de alguien y esté volvía a la carga.

Fué por entonces, ya llamándose el cine Doré bajo los auspicios de aquel emprendedor empresario que fué D. Vicente Renau, cuando, éste enriqueció el cine y sus sesiones con una alta y magnífica pianola, colocada a la izquierda de la pantalla y que estaba al cuidado del famoso "Collet", formidable



personaje de nuestro mundillo cinematográfico. Collet tenía una lista de las bobinas que había de colocar en la pianola en cada momento, de tal modo que siempre comenzaba la proyección de "El jinete Misterioso" con la misma música, creo que con "Sevilla" de Turina, y siempre acababa con la misma música, identificando así las melodías a la marcha de la película y desarrollo de la acción con el buen sentido de aquel empresario para estas cosas. Pero ni la música lograba acallar a la muchedumbre infantil y juvenil apretada en la endiablada general; y cuando aparecía el misterioso jinete atronaban con la voz de "¡El chic. . .!" y cuando salía la heroína sonaba el griterío identificándola: "¡La chica. . .!"; y cuando hacía su irrupción el malo de la película, entre gritos era saludado: "¡El bandido!". Cuando de pronto la música cesaba, golpeando rítmicamente el final de la bobina, un maremagnum unánime comenzaba a gritar: "¡Collet : la pianola!". Entre estruendo y silencio, con alguna interrupción a veces en la proyección porque en Castellón no era por entonces muy seguro el suministro de energía eléctrica, la sesión acababa. Salir de la general del La Paz-Doré, por la escalera que aflucía a la calle Asensi, era como participar en una estampida de las que las mismas películas del Oeste nos dejaban ver en aquel cine mudo, verdaderamente mudo, del tiempo, en el que las imágenes eran muchísimo más expresivas.

Si para la primera niñez que jugaba en la calle la hora de retirarse definitivamente al hogar era "quand les llums s'encenen", y para la primera juventud que ya paseaba por la calle Enmedio esa hora de retiro eran matemáticamente las nueve de la noche, la hora final de la presencia de la chiquillería en la calle, hasta en sus últimos flecos, era el final de las sesiones de cine. "Del cine a casa", era la orden, que se cumplía para evitar no nos dejaran otro día asistir a la sesión deseada.

Castellón quedaba silencioso, mucho más silencioso de lo que puede concebirse hoy cuando no cesa en ningún momento la circulación de coches, a medianoche el paso del camión de la basura y su estruendo, a todas horas los frenazos en las esquinas.

A la diez los serenos salían del retén con chuzos y los aros con las llaves de su barrio. Y hora a hora, su voz contaba a los castellonenses el transcurso de la noche y la madrugada cuando tampoco había tantos relojes como hoy. En la quietud de la ciudad, las campanas de la torre sonaban espaciadamente; y el sereno cantaba: "Les dos. Sereno. . .". Hasta que con el sol del nuevo día, otra vez los niños, dueños y señores de nuestras calles, volvían a ellas y de nuevo desplegaban la animación de sus juegos, de sus cantinelas y de sus travesuras.





**SOCIEDAD CASTELLONENSE DE CULTURA**

**Servicio de publicaciones**

**APARTADO 16 - CASTELLON**

**IMPRIME: GRAFICAS MONTAÑES**

**D.L.: CS-58-90**